BIBLIOTECA

ALFAGUARA

Francisco Herrera Luque

Bolívar de carne y hueso y otros ensayos

BOLÍVAR
DE CARNE Y HUESO

ES UN DEBER PATRIOTICO
HACER CIRCULAR ESTE LIBRO

Ensayos Serie Menor
Editorial Ateneo de Caracas
Caracas, 1983

EL NUEVO CRIOLLO

1983 by Editorial Ateneo de Caracas
Apartado 662, Caracas Venezuela
Teléfono: 573.46.22
Diseño de portada: Dorindo Carvalho
Depósito Legal: If.-83-1674
Impreso en Venezuela por: Grupo Editor INTERARTE, S.A.
Impreso en Venezuela–Printed in Venezuela
Edición digital: Abril, 2021
Grupo Editorial: «El Nuevo Criollo»
Hecho en Zulia, Venezuela.
Nota: Esta es una edición digital sin fines de lucro de la edición original de 1983.

CONTENIDO

PRÓLOGO 5

BOLÍVAR 6

BOVES 30

BETANCOURT 46

JUAN VICENTE GONZALEZ 62

SIGMUND FREUD 72

LA HUELLA DE FAUSTO EN VENEZUELA 86

Tabla de contenido interactiva, presionando los números redirige a la pagina deseada

PRÓLOGO

Los seis ensayos biográficos constituyen este libro son una selección de los temas que fuesen publicados por importantes semanarios y revistas literarias en la década 1972-1982. Fueron escritos en tiempos diferentes dentro de las más variadas circunstancias.

Aclarar que en ningun momento el grupo editorial « El Nuevo Criollo» se adjudica como propios los derechos de autor del presente documento

BOLÍVAR

(*)Fue publicado en diciembre de 1980. Por la Revista Bobemia, bajo el título: Bolívar de carne y hueso. Es parte de cuatro estudios publicado bajo la dirección de Jorge Raygada

Necesaria Advertencia

¿Cómo era en realidad el Libertador? Estamos bien enterados de sus actitudes y creencias. Conocemos su genio, la elevación sublime de su pensamiento, su talla descomunal de visionario, sus condiciones de estadista, escritor, sociólogo y político. Admiramos su desprendimiento, abnegación y sacrificio, su valor físico y moral, su fortaleza ante la adversidad, su férrea e inquebrantable voluntad. Pero ¿Qué sabemos del Bolívar hombre? ¿Del Bolívar de carne y hueso? ¿Cómo era su aspecto? ¿Qué impresión causaba? ¿Cuáles eran sus hábitos y aficiones? ¿Era morigerado o parlanchín? ¿Cuál era su dicción, tono y acento? ¿Era apacible o arrebatado, lacónico, ponderado o vehemente?

Todos quisieran, ya, encontrarse con un Bolívar de carne y hueso, tal como fue. Sin afeites lecunescos, liberado del bronce que le impuso la historiografía romántica. La gente está ahíta de cartón piedra, de frases retumbantes: del alambicado semidios libre de imperfecciones y de humanas apetencias. No se trata, por contrariar la idolatría, presentar a un Bolívar pedestre, ralo y movido por oscuras pasiones, como hizo Madariaga. Aspiramos conocerlo en su humanidad; desposeído de maquillaje y también de calumnias: en el justo término de lo objetivo, sin que interferencias afectivas, mitos y prejuicios deformen la realidad.

Bolívar y las Contradicciones

Bolívar fue sin duda en muchos aspectos tal como nos lo presentan Boussingault, Dudocray-Holstein e innumerables detractores: terriblemente cruel, impulsivo y despiadado: de una extraordinaria vanidad y de una fantasía colindante con el delirio: como también son igualmente ciertas las virtudes señaladas por sus apologistas. El error se inicia al relativizar lo absoluto o absolutizar lo relativo. La falacia comienza cuando se omiten las sombras, luces y destellos que en su alma coexisten sin contra dicciones y aun con ellas.

¿Es que hay alguna razón para que un Bolívar arbitrario y avasallante sea capaz de persuadir a enconados adversarios como San Martín, Pablo Morillo y José Antonio Páez? ¿Es que acaso está reñida esa frivolidad, de

la que hizo gala, con sus arranques mesiánicos?

Bolívar, era malhumorado a ratos, gruñón casi siempre y desconsiderado e incómodo la mayor parte de las veces. Se reía, sin embargo, a carcajadas, tenía un gran sentido del humor y dejaba caer, en medio de cálida familiaridad, chistes y chascarrillos para delicia de los presentes.

Bolívar fue injusto, terriblemente injusto con Miranda, al igual que con Manuel Piar. Fue clemente, sin embargo, suicidamente clemente con José Antonio Páez y Francisco de Paula Santander. Alternaba la mirada del cóndor con la del alcatraz viejo. Amaba a Caracas, con la pasión carnal del hombre a su hembra. Por su afán de liberarla en 1818, contra toda conveniencia táctica fue el responsable de aquella malhadada campaña. Lo mismo que le sucediera cuando desembarcó por Ocumare dos años antes. Bolívar era por encima de todo caraqueño: amaba el paraje, su gente, las tradiciones. Era un lugareño, un cerril provinciano, cercado por sus montañas y más de tres siglos de posesión ancestral. Son sus primos, parientes y paisanos casi hasta el final, sus únicos y verdaderos confidentes. Bolívar, sin embargo, y a pesar de esa fijación incestuosa hacia el terruño, no sólo huye de Caracas, sino que la disminuye y posterga al transferirle a Bogotá el rango de ciudad capital. Bolívar es impredecible y desconcertante. Es singularmente honesto en materia administrativa y sinuoso en el respeto que le merecen las leyes de la república, de la que es artífice, y que se salta a la torera, entre sofismas, o frontalmente impositivo, como sucedió en la Convención de Ocaña.

El Libertador es ejemplarmente sincero en sus planteamientos ideológicos: no ahorra juicios por duros y enojosos que ellos sean, como se palpa en sus epístolas. Por ser descarnadamente perspicaz acierta en sus predicciones por más que arrastre el destino de Casandra. Bolívar era genial en la fragua y en la verbalización de su juicio. Pero sólo cuando oteaba el infinito; ante la inmediatez, llevado por la conveniencia, podía ser falso, torcido y amañado. Era un gentleman en toda la regla y también oportunista, manipulador e inescrupuloso. Meticuloso hasta lo obsesivo en la administración. Libre de todo escrúpulo en amistad y amoríos. Era capaz de elevarse por encima de sus arrebatadas pasiones sucumbir a ellas en redondo atolondramiento, como fue el caso de la Expedición de los

Cayos en 1816.

Por su urgente e impostergable deseo de Pepita Machado, pone la flota a punto de insubordinación al imponerle una desquiciante espera de su amante, que al parecer viene de San Thomas. La mal contenida indignación de sus compañeros entre los que figuran hombres como Piar, Soublette y Brion se desborda cuando al desembarcar en Ocumare antes de ponerse al frente de su ejército, prefiere quedarse con la bella criolla arrullado por el encanto del Litoral Central.

La expedición sufre, como es sabido, tan sonada y dolorosa derrota que, por segunda vez en su vida —y no será la última— Bolívar intenta suicidarse.

El Libertador, en lo que a carácter se refiere, está hecho de pares encontrados. Es franco y también torcido; es desconfiado e ingenuo; es el héroe en el más estricto sentido de la palabra y también el aventurero. Es cruel y al mismo tiempo indulgente. Es apasionadamente crédulo y absolutamente escéptico sobre el gran destino de nuestros pueblos. Es frívolo y estoico. Admira profundamente a Napoleón y hace gala de su anti-bonapartismo. Es el nombre de las contradicciones. De ahí estos Bolívar calderonianos tanto en sus versiones negativas como ejemplares. Estos maniqueísmos resultan in tolerables a la luz de la Psicología actual; al igual que ese mecanicismo que magnifica o inventa rasgos a partir de circunstancias conocidas a las que se atribuyen valor causal dentro de teoréticas discutibles. El Libertador era mujeriego de marca mayor. Sobre ello no hay dudas y sobran los testimonios. Lo que no resulta válido es afirmar —salvo como hipótesis de trabajo—, la primera y la última razón de aquella peculiaridad. De la misma forma que es cuestionable aplicar un diagnóstico a partir de ciertos indicios —como se ha hecho hasta el abuso— para luego hurgar, con pueril tendenciosidad en busca de otros signos donde apoyar diagnósticos apriorísticos.

Bolívar ha podido ser una personalidad psicopática, un timópata paranoide y todo cuanto se quiera; de la misma forma que pueden hallarse en su infancia factores tentadores, sin que nada nos sirva para comprender, que es sentir, al Padre de la Patria.

Aproximación al Bolívar de Carne y Hueso

Para captarlo en su dimensión humana debemos acercarnos a él sin esquemas preestablecidos; colocándonos en situación de duda universal; dejando que los hechos y las palabras hablan por ellos mismos; sin forzar correlaciones: que su imagen fluya espontanea, absteniéndonos del menor esfuerzo por encauzar. Debemos recoger todas las opiniones y observaciones emitidas sobre él por amigos y adversarios, para luego someterlas al tamiz de las le yes de la fenomenología, del desarrollo lógico y de la verificación experimental. Algunas opiniones serán universalmente coincidentes; otras por constelaciones de apasionados testigos, unas, aceptadas y otras negadas; y algunas, nos sorprenderán por inusitadas, lo que no quiere decir que sean necesaria mente falsas. La unanimidad de criterio, aunque puede ser buen indicio de verosimilitud, no es prueba de certeza.

Hay en cambio afirmaciones sobre el Libertador y en especial las que no impliquen juicios de valor, que pueden tomarse como verdaderos, y en particular cuando se repiten en diversos observadores. Como sería el caso de su afición por el agua de colonia y el hervido de carne gorda, o el aburrimiento que le producía las corridas de toros. En las descripciones de los grandes hombres, los autores con un mínimum de honestidad y ambición suelen ser sinceros, aun dentro de la inevitable subjetividad. Por grande que sea la admiración de un biógrafo hacia su héroe, no es capaz de falsear ciertos hechos notoriamente negativos como es el caso de Perú de La Croix y de O'Leary cuando nos hablan del temperamento nervioso e impaciente del Padre de la Patria. ¿Quién de sus apologistas hubiese podido escribir lo contrario? Es comprensible que sus admiradores silencien o soslayen aspectos bochornosos, que sus enemigos traen a colación y magnifican como es el caso de Boussingault y Dudocray Holstein. ¿Hasta qué punto son verdaderas sus acotaciones? De la misma forma que un apologista no es capaz de falsear de un todo la verdad, otro tanto acontece con los detractores: y en especial si son hombres de la talla de Boussingault, uno de los científicos más notables de Francia, Presidente de la Academia de Ciencias Físicas y Naturales de París. ¿Sería capaz el sabio de tergiversar los hechos con tamaño descomedimiento, por más que tendencias inconscientes empañen su objetividad? Por estas

razones no hemos desdeñado las opiniones de los detractores de Bolívar para intentar esta semblanza, como tampoco aceptamos la infalibilidad de sus apologistas

En base de este caudal de rasgos caracterológicos procedentes de muy diversos testigos, presentaremos una imagen de lo que hemos dado en llamar el Bolívar de carne y hueso. No se trata de evaluar su obra, ni de los valores contenidos en ella, sino de aproximarnos al ser humano, tal como fue, sin pre supuestos previos, ni conclusiones, absteniéndonos, adrede, de cualquier tipo de interpretación, como por lo general se espera.

II - Semblanza del Libertador

No causaba buena impresión: Bolívar, al igual que la casi totalidad de los grandes hombres, decepcionaba de primera impresión, aun a sus más fervientes admiradores, Así lo expresa Ricardo Palma, quien tuvo ocasión de interrogar a innumerables que lo conocieron. El Libertador era excesivamente nervioso e impaciente: se movía todo el tiempo. Sus ojos renegridos saltaban constantemente de un sitio a otro dando el efecto de no prestarle atención a su interlocutor. Cambiaba de tema, y si alguna opinión discrepaba de la suya, la rechazaba áspero y violento, con voz desacompasada y. chillona: “No, eso no es así, está usted equivocado, señor mío". —En él escribe Perú de la Croix, uno de sus apologistas— “nada parecía estable. "La actividad de espíritu y cuerpo mantienen al Libertador en continua agitación". "Quien lo viera y observara en ciertos momentos sin conocerle creería ver a un loco”.

Mudaba de opinión y de tema con pasmosa rapidez; y de sentirse a sus anchas hablaba todo el tiempo de sí mismo y de su obra. Era muy vanidoso, y de un autoritarismo destemplado que predisponía en su contra.

En la intimidad era amigo de chanzas y chascarrillos, conduciéndose con naturalidad y llaneza: "Todos los cuentos del Libertador son chistosos, porque los refiere con gracia y elocuencia seductora, a veces son muy alegres, y nunca les falta la sal que despierta el interés y la curiosidad".

"Es muy chanceador y se burla con gracia de sus contrarios. Solía ser

muy alegre, reía a carcajadas: en la intimidad tomaba un tono burlón, poco agradable para su interlocutor".

En los actos públicos y oficiales se revestía de una gravedad solemne que no cuadraba a su inquieto temperamento. Muchos observadores europeos y americanos lo tildan de pedante e insoportable, lo que pudiera aproximarse a la verdad, por más que tales juicios estuviesen mediatizados por la decepción de no encontrarse con el buen salvaje, sino con impecable caballero, que se expresa con toda corrección en francés y mucho de inglés, y con un acervo literario, político y filosófico impresionante. Bolívar promueve en los extranjeros, al igual que en buena parte de sus compatriotas, una tremenda antipatía, que antes de soslayar refuerza frontal y des medido, salvo aquellos casos donde la necesidad política es superior al temperamento.

Bolívar por lo general no era simpático y no hacia el menor esfuerzo en especial, al final de su vida, por serlo con nadie; por más que sus apologistas hablen del carácter jovial que por lo general lo dominaba. En medio de sus progresivos estallidos de ira era muchas veces solitario y taciturno, —escribe el mismo Perú de la Croix— "el humor del Padre de la Patria era muy variable, pudiéndose atribuir a una desigualdad su carácter", que al paso de los años fue agravándose. Era expansivo con sus inferiores —afirma Boussingault— lo que no era impedimento para que fuese terriblemente grosero.

Bolívar en Tres Momentos

Hemos hecho un primer contacto con el Bolívar en la cumbre de su gloria, aunque de inmediato se inicie el trágico descenso que lo llevará a Santa Marta cuatro años más tarde. ¿Cómo era Bolívar en ese año de 1826? Su autoritarismo temperamental se había impuesto a sus creencias. En ese entonces se le describe como un hombre enfermo, profundamente envejecido, de mejillas hundidas, con el negro cabello surcado de canas. A diferencia de aquel pueblo que lo despidió con admiración y fervor cuatro años antes de marcharse al Perú, se encuentra, ahora, con otro abiertamente hostil, y con un gobierno, que intenta constreñirlo, esgrimiendo leyes y argucias.

Ante la oposición se encrespa airado, imponiendo abiertamente su voluntad contra toda norma y conveniencia. Su impopularidad crece día por día. A la crítica responde con redoblada tozudez. Manuela Sáenz, su amante, ofende las buenas costumbres cometiendo impudicias y desafueros, tal como fusilar en efigie a Santander en medio de una fiesta. Manuela tiene amantes entre los jóvenes oficiales. ¿Cómo se explica la indiferencia de Bolívar ante los escándalos de la mujer a quien llama hiperbólicamente la Libertadora del Libertador? ¿Será que la ha dejado de amar? Algunos hechos así parecen de mostrarlo, o será simplemente que aquel grande amor no existió nunca. Cuando se va al exilio, a seis meses de su muerte, no la llama a su lado. No es esta la conducta de un apasionado amador. El incidente con Santander determina la ruptura con la quiteña hasta el 28 de septiembre de 1828, en que Manuela opone a los asesinos su bravura de recia hembra.

Y sea el momento de preguntarse, como una prueba más de su genio impredecible. ¿Cómo reacciona ante los que han atentado contra su vida? ¿Es que acaso monta en cólera e impone las terribles sanciones sufridas por los españoles en el 13 o en las bóvedas de La Guaira, donde más de ochocientos fueron ejecutados del modo más salvaje? No, antes que justicia, venganza o ejemplar escarmiento —como le exigen los suyos— reacciona con profunda tristeza. Sus primeras palabras son para absolver a los frustrados criminales y traidores.

Abandonar todo para marcharse al exterior. ¿Es éste el Bolívar que cruzó Los Andes y emprendiera marcha triunfal hacia el Alto Perú cinco años atrás? ¿Es este el Bolívar que luego de huir de Monteverde enciende con el fuego de su verbo al Congreso neogranadino para invadir a Venezuela, no sin antes desconocer a su Jefe, el Capitán Labatut? Son tres Bolívar los que observamos en estos tres momentos estelares de su existencia. ¿Cuál es el verdadero? El tiempo, el espacio, la vivencia, el éxito, los fracasos imponen cambios en los hombres. Una nueva experiencia robustece o borra una actitud. Bolívar —como él mismo se definió—, fue el hombre de las dificultades. Necesariamente hay variantes caracterológicas en los diversos estados de su vida.

El hombre, y él no es excepción, a pesar de la mutabilidad de su psicología, presenta una amplia franja de rasgos perennes e inmodificables.

III - Lo Perenne de Bolívar

La mirada del Libertador

Lo más notorio y constante en el Libertador es el fulgor de su mirada. De ello dan noticia innumerables personas que tuvieron ocasión de conocerlo. "Sus ojos retintos centelleaban continuamente trasluciendo toda la gama de sentimientos y emociones de que era capaz aquel hombre de corazón al descubierto". "Sus dos principales distintivos —escribe Páez— consistían en la excesiva movilidad de cuerpo y el brillo de sus ojos". De igual opinión es Boussingault. Aun en las circunstancias más apacibles, como era recibir una representación diplomática, sus negros ojos se movían con singular vivacidad: escudriñando a su interlocutor con mirada profunda, que rápidamente abandona para sumirse en ostensible abstracción de la que retorna y a la que vuelve entre espasmos intermitentes. Ante él se tenía la sensación de que nada ni nadie era capaz de interesarle, presto siempre a escaparse hacia el punto muerto del hastío.

En la ira, en la que se aquerencia paulatinamente, no es fulgor lo que exhalan sus pupilas: es el fuego del basilisco que acrecienta por la tempestad de movimientos que lo sacudía y el caudal de improperios que lo acompañaba. "Monta en cólera con facilidad —escribe Perú de la Croix— es regañón y grosero. Sus arrebatos son a veces grotescos y de mal gusto".

Cuando la tristeza lo abatía, no había mirada más dolorosa que la suya, ni que mostrara con más diafanidad lo que puede hacer de un hombre la melancolía, el otro gran sentimiento hacia donde se polariza aquella afectividad mutante, pródiga y apasionada. Cuando arriba a la cólera, al amor o la alegría, nada mejor que sus ojos para expresarlo. No es necesario conocerlo de trato y comunicación para saber cuál es el tono vital del día. Eso lo saben desde los edecanes hasta los centinelas bisoños que por primera vez se lo topan de ronda. No es necesario que hable, haga muecas o gesticule. En aquellos ojos negros, brillantes e inquietos, flamean sus paciones. A causa de esta ventana abierta a su cambiante afectividad, que va del tedio a la irritabilidad para caer en la melancolía, y saltar a la euforia, la concentración estudiosa o la abstracción ausente, no

hay pintor que sea capaz de plasmarle su expresión. No hay dos retratos del Libertador, en su abundante iconografía, donde uno se parezca al otro. Hay cuadros, incluso realizados por consagrados pintores, donde es irreconocible su fisonomía.

Nerviosismo del Libertador.

Su gesticulación y mímica, al igual que la expresión de sus ojos, es cambiante. De pronto aparece hierático, como un dios antiguo, en su silla presidencial de San Carlos o en el Palacio de los Virreyes o, vocifera, grita y gesticula con entusiasmo, indignación o alegría. Si reposa en su hamaca, la que prefiere al lecho, mientras dicta a sus secretarios, se columpia constantemente impulsado por el pie. Las sillas no logran retenerlo. En los actos protocolares se sacude inquieto; cambia de posición; cruce y descruza las piernas, acentúa su impaciencia, incomodidad, precipitación e impulsividad. Entre amigos, en la intimidad, salvo que juegue una breve partida de tresillo que interrumpe al poco tiempo, se pone de pie, vuelve a sentarse, pasea por la habitación entre grandes zancadas: escuchando poco, hablando mucho, soltando tacos, observaciones ingeniosas, reflexiones trascendentes, juicios adversos contra amigos y enemigos, con ese trasfondo de humor variable que ya hemos descrito. El Libertador no resiste de apoltronamiento ni para firmar. Según estudios grafológicos la mayor parte de los documentos, que llevan su rúbrica, fueron firmados de pie.

En las recepciones baila todo el tiempo. Aquella desaforada inquietud que lo conmueve encuentra su mejor expresión y escape en aquella dromomanía libertaria que lo lleva hasta el altiplano boliviano. En sus tiempos de Angostura, va y viene de Bogotá a la ciudad que hoy lleva su nombre, con una frecuencia y celeridad que aun en nuestros tiempos resulta agobiante. En aquellas dilatadas cabalgatas, que duraban meses y donde perecieron, del solo cansancio, miles de hombres, solía tomar con riesgo para su vida, la delantera. Seguido apenas por un puñado de edecanes, fustigaba su bestia para adentrarse en tierra incógnita mientras el grueso del ejército quedaba en lontananza.

Ni la más larga y exhaustiva jornada era capaz de doblegarlo. Si era

un pueblo importante, donde pernoctaba apenas recibía el saludo de los notables se entrega de inmediato al baile hasta las diez en punto de la noche, en que se retiraba a sus habitaciones. Era puntual con el sueño. A la hora señalada para dormir, nada ni nadie era capaz de retenerlo. Otro tanto sucedía con el despertar. Era de sueño corto y ligero. A las cuatro de la mañana estaba en pie soltando las amarras de su inquietud. Si las circunstancias lo permitían emprendía largas cabalgatas antes del desayuno. En tiempos de guerra, embozado en su capa, recorría el campamento, dando voces, lanzando imprecaciones, revisando los últimos detalles de la inmediata jornada entre los bostezos soñolientos de su estado mayor. "En las marchas —observa Páez— se le veía inquieto y procuraba distraer su impaciencia con canciones patriotas.

El Señor de la Palabra

Su voz no era ni grave, ni solemne; por el contrario, aguda, juvenil, si se quiere, estridente y chillona; y en particular, cuando montaba en cólera. Era, sin embargo, un gran orador. Por el histrionismo que lo caracterizaba y el fuego de sus convicciones era capaz de comunicar su entusiasmo tanto al palurdo como al más docto humanista. El Libertador en reuniones íntimas, en el seno de las asambleas y en sus arengas a campo abierto, era un hombre diáfano, preciso en los conceptos, acertado en la metáfora, elegante y entusiasta en el decir. Además de gran escritor fue dueño de la palabra. Pero donde su genio se recrecía para asomarse imponente era al negociar. Más que persuadir embelesaba, seducía, se apoderaba de su interlocutor para insuflarle sus creencias, la bondad de sus procedimientos, la conveniencia de sus medidas, lo inevitable de sus vaticinios; la necesidad impostergable de llegar a un acuerdo, con un mínimum de concesiones por su parte. En estas ocasiones se desposeía de esa índole rancia, de ese hastío y esa brusquedad, tan característicos suyos, para tornarse receptivo, flexible, atento, modulando la voz, sus gestos —como un encantador— hasta obtener la plena aceptación del que momentos antes pretendía enfrentarlo.

Podía ser amable, afable, cálido, gracioso y llano hasta hacer que su interlocutor se sintiera a sus anchas. Bolívar era un seductor de talla descomunal. Conocía a perfección los resortes del alma humana:

era un maestro consumado en el arte de mover a la acción opuesta a recios contrincantes; de inclinar la balanza a su favor, incluso en las circunstancias más adversas, como sucedió con Camilo Torres y Petión. ¿Cómo se compagina este peculiar talento de agradar y seducir, extensivo a las mujeres, con su proverbial mal talante de tan ingratas consecuencias para su vida? Una primera respuesta parece simple: ante la necesidad mudada de actitud, pero hay una exigencia previa a este mimetismo: su particular talento para encarnar los más variados papeles; lo que abona su fama, dentro de los jueces de visión corta, de poseer una naturaleza taimada y falaz. ¿Qué político no lo ha sido? El Libertador de proponérselo podía ser encantador. Dominaba a perfección el castellano, que, al entremezclarlo en buena proporción con modismos, refranes y expresiones vernáculas, hacían de él el más grato de los interlocutores, comunicando a su expresión un aire de humanidad y de irresistible simpatía. En esas ocasiones exhibía una gracia chispeante que hacía reír de buena gana a los presentes. Era además de un gran narrador, agudo en la burla. Y cuando es taba de buen humor recitaba en alta voz y cantaba a grito herido. Escribe Perú de la Croix —en la intimidad y cuando estaba de buen humor, "era un compañero más que competía con ellos en locuras y aventuras".

A veces una buena noticia, le arrebataba estallidos de euforia para pasmo y sorpresa de quienes no lo conocían bien, como sucedió al enterarse de la batalla de Ayacucho: bailó y cantó con aspaviento sobre la gran mesa del gabinete.

Hábitos y costumbres

A diferencia de lo que se ha difundido, Bolívar como jefe de Estado no era llano, ni accesible ni ajeno a las fórmulas de protocolo. Vestía elegantemente — según Perú de la Croix—. Si alguna vez se presentó ante Morillo en burdo uniforme, sombrero de paja y arriba de una mula, fue seguramente para recordarle al jefe español su infancia de pastor pobre, y al que las ideas liberales de Riego ya lastraban en sus convicciones. Si en más de una ocasión vistió harapos, en tiempos de paz vestía impecable mente, exigiéndoselo a todos cuantos lo rodeaban. En la mesa era exigente con los buenos modales: aunque sus hábitos alimenticios eran

sencillos, no era ajeno a los placeres culinarios, entrometiéndose en los manejos de su cocina hasta inventar platos como "el chupe peruano" que nada tiene que ver con el no menos exquisito plato limeño.

Tomaba poco café, abusaba del ají. Era de una sobriedad marcada: salvo dos copas de Burdeos en la comida no tomaba otro tipo de licor. Detestaba el tabaco y no permitía —con excepción de Manuela Sáenz— que nadie fumase en su presencia. Sus platos predilectos además de los hervidos criollos eran la arepa y las ensaladas que preparaba él mismo, jactándose de ser insuperable en su composición. En el aseo personal era extremadamente cuidadoso y en especial con la dentadura a la que cuidaba con esmero. No se saltaba el baño diario ni en las peores condiciones. De la misma forma y al igual que Napoleón, gustaba de empaparse con agua de colonia. En el Perú gastó cifras considerables en este hábito bonapartista, que por la vía de Guzmán padre, llegó hasta Juan Vicente Gómez. Uno de sus deportes preferidos era la natación, que practicaba cada vez que se le presentaba la oportunidad, aun en ríos plagados de caribes o en su gélida piscina de la Quinta en Bogotá.

Su actitud ante la vida y la muerte

Contradictoriamente a la magna empresa que se había propuesto, y que hubiese fracasado con su muerte, era de una temeridad insensata tanto en la gloria como en la pena. Nunca dio señales de preocuparse por su salud. Mantenía a distancia a los médicos y aunque los distinguía en su trato, desobedecía sus instrucciones, como lo demuestra sus prácticas de bañarse con agua helada cuando ya la tuberculosis hacía estragos.

En Angostura retó a un legionario a cruzar a nado el Orinoco con los brazos amarrados a la espalda. De no haber sido por uno de sus oficiales aquello hubiese terminado en tragedia.

En la segunda batalla de La Puerta se adentró con tanta desesperación y arrojo en el combate, que más de uno de sus compañeros pensó que voluntariamente buscaba la muerte.

Tanatos y Eros están siempre presentes en su existencia. Cuando ya lo dan por muerto, como sucedió en Pativilca, proclama a gritos su deseo de vivir y de triunfar, y cumple su propósito. Cuando vence a sus

enemigos de la conspiración de septiembre quiere morir y abandonarlo todo. Camino de Santa Marta no cree hasta las vísperas de su agonía en la inminencia de su tránsito. Confía hasta el último momento en retornar al poder, y con el auxilio de Urdaneta disolver el Congreso y restablecer por la fuerza la Gran Patria que se le ha escapado. No es cierto que camino de su último destino, su tristeza se acaba como el río que lo llevaba al mar. Aunque hay arrebatos de profunda tristeza en la travesía, su tono general es confiado y jubiloso. Pareciera que la proximidad de la muerte exaltara ansias de vivir, para imponerse, realizar y prevalecer. Eso fue siempre: fuerte y poderoso en la adversidad, aunque el arranque vital que lo llevase a superarse fuese precedido de hondas depresiones sobre las que martillea la compulsión suicida. En Jamaica, como en Ocumare y Puerto Cabello, cuando pierde la fortaleza a su cargo, intenta privarse de su vida, embargado por la culpa de una actitud desatinada. ¿Pero qué hace? Violentamente como es palpable en el asunto del Castillo porteño —pasa de culpable y reo a juez y verdugo—.

La esencia del Bolívar de carne y hueso

El Libertador era una naturaleza vital, cálida, resonante, carismática ante la cual nadie permanecía indiferente. Inervaba, contagiaba y seducía o provocaba frontales e irracionales rechazos por esa singularidad afectiva, tan presente y frecuente en profetas y caudillos. No solo excede, desborda y avasalla el sentir de su interlocutor, sino que lo sacude, entusiasma, atemoriza por lo que de él no lleva implícitamente contenido. Su palabra rompe esquemas, señala tentadores parajes insospechados, pero también alienantes y sobrecogedores. De allí que los hombres ante su influencia, se prosternen idolátricos o se afirmen rechazantes entre exorcismos y anatemas.

Bolívar por lo general, aunque nervioso siempre he intemperante a ratos, era afable, jovial y expansivo llano; en su lenguaje y trato, como un noble señor campesino; desposeído de afectación o de cualquiera otra gala que viniese a robustecer su jerarquía y rango. Su lenguaje cotidiano era el mismo castellano del hombre común, libre de rebuscamientos, salpicado de caraqueñismos y también de vocablos gruesos. ¿Cuán diferente es este Bolívar al que se nos ha vendido? solemne, sentencioso

y grave, dejando caer sus palabras cuál joyas hinchonas que recogen codiciosos y embobados, amanuenses y tinterillos. Bolívar además de estadista era un pedagogo: que al paso desgranaba, compulsivo, juicios y sentencias profilácticas y correctivas. Pero de ahí a pensar que fuese su tono permanente es sencillamente absurdo y contraproducente a su imagen. Lejos de ser el semidiós envarado y distante, mitad oráculo, mitad ídolo de piedra, salvo los momentos estelares que exigían solemnidad y grandeza, fue un venezolano como cualquier otro; capaz de dialogar con su jardinero sobre las hormigas que arruinaban el rosal o de susurrarle pícaro, a su cocinera sus amoríos con el centinela. Es muy posible que saludase con una palmadita a sus conocidos o que pusiese en tela de juicio una reputación con una chuscada a la que seguía libre y suelta la carcajada. Es el hombre que a la vista de un burócrata solemne da rienda suelta a su maledicencia musitante y chisposo.

Bolívar era piropeador y lleno de lugares comunes. ¿O es que se le supone dominando a las bellas con sesudas reflexiones o con citas de Chateaubriand o de Lamartine? El Libertador se entrometía en la vida doméstica tanto de su casa como en la de su familia. Los rendimientos escolares de su sobrino Fernando lo preocupaban como una razón de estado, y sus conversaciones con María Antonia, su hermana, fueron largas, insustanciales y continuas. La historia no quiere imaginarlo echando largas parrafadas intrascendentes con un hombre del pueblo o preguntando a sus siervos y esclavos con cariñoso interés sobre la suerte de sus hijos. Este es el Bolívar de los "Buenos días" al amanecer; del que toma café negro, en pocillo, de pie y junto al fogón: del que protesta por haberle puesto comino a la carne: y del que celebra orgulloso la floración del níspero sembrado por sus propias manos. Es este Bolívar de carne y hueso, el hombre común y corriente que no estamos acostumbrados a ver, atentos siempre a sus geniales estallidos.

Este Bolívar jovial, cálido y afable —es sin embargo— asaltado frecuentemente por la ira, la tristeza y una arrebatada euforia. Si en las circunstancias menos solemnes era inevitable vibrar ante su presencia en función de poder, su resonancia vital se acrecienta incontenible. La fuerza que arranca de las capas más profundas de la corporeidad vibra, trepidante y revulsiona a quien lo escucha, sea para subyugar o para provocar las más violentas reacciones encontradas. En ese colorido y

fuerza vital, radica la clave de la comprensión humana del Libertador, y también de su gloria y de su tragedia.

IV - La tragedia de Bolívar

La soledad del Libertador

Dice Heidegger "que el hombre mientras más hombre es, más solo está".

En el Libertador se cumple a cabalidad este aserto. Sus últimos días fueron de una dolorosa soledad, donde algunos de sus acompañantes se condujeron más como guardianes que como abnegados compañeros. Es decidora y patética la anécdota del edecán, que lo irrespeta doblemente en su lecho de muerte al fumar en su presencia y recordarle los tabacos de Manuelita, cuando éste suavemente le protesta. "La noticia de su muerte de Santa Marta a Maracaibo", que en correo de postas puede hacerse en cinco días tarda treinta y seis, lo que es significativo de la indiferencia y desafecto que había caído sobre el Padre de la Patria. El sintomático proceso de soledad, que lo va envolviendo en sus últimos años, no podemos circunscribirlo a la ingratitud de todos, como se afirma con ligereza, a "la suerte del perdedor" del que todos desertan. Y en el año 26, buena parte de sus camaradas se retiran de su intimidad cediendo sus puestos en la tabla redonda a sus nuevos amigos de la Legión Británica. En los años siguientes ya no serán Ibarra, ni Soublette —como lo fueron a todo lo largo de su dilatada campaña— sus amigos íntimos, lo serán Fergusson, Perú de la Croix y O'Leary, con quienes comparte su intimidad, desvelos y preguntas. Córdova, su fiel lugarteniente, al igual que Soublette no sólo terminan por reaccionar en su contra, sino que acaudilla una insurrección armada, donde cuenta trágica muerte. ¿Cuál es la razón de estos hechos?

El Padre de la Patria había exacerbado en los últimos años, su genio intemperante, violento y desaforado.

El éxito, fué inflando su yo hasta hacerlo perder la visión de la realidad, y la flexibilidad necesaria para imponer o negociar su criterio. Si a esto se añade su condición de visionario y la inteligencia concreta y limitada de la mayor parte de sus lugartenientes, es comprensible —tomando en cuenta su alma fogosa— que fueron sus actitudes más que

las ingratitudes las que alienaron viejos afectos.

El Padre de la Patria en los últimos años era —según múltiples testimonios— sencillamente insoportable: gruñón, airado, despótico e insultante, sin que circunstancia alguna fuese capaz de contenerlo en sus frecuentes arrebatos, que por otra parte ni eran nuevos, ni desconocidos como se observa a todo lo largo de su biografía. El Libertador —como bien lo señala Páez— era impetuoso y dominador. "Es vehemente, apasionado, exagerado —escribe Perú de la Croix—

pero se muestra a veces demasiado absoluto y no es tolerante con los que lo contradicen". Es muy susceptible —observa Boussingault—. "La crítica de sus hechos —apunta de La Croix— lo afecta, y la calumnia lo irrita".

Nunca ha quedado claro lo sucedido entre Bolívar con Andrés Bello y Simón Rodríguez. Aunque el primero expresa en cartas, su aprecio y admiración por su antiguo amigo, también es público y notorio que el gran caraqueño, que eligió a Chile por patria, fue herido profundamente en su amor propio. Como tampoco deja de ser significativo que luego de los alegres años pasados con Rodríguez en Europa, éste se desentienda de su discípulo hasta 1825, en que acuciado por las necesidades, rastrea tardíamente su huella.

Bolívar en más de una ocasión estuvo a punto de irse a las manos a causa de sus desacompasadas respuestas. Como le sucedió con su íntimo amigo Tomás Montilla, quien llegó hasta retarlo a duelo. Bermúdez lo odiaba, y se lo demostró agrediéndolo físicamente con sacudimientos ferales. El odio de Piar contra Bolívar era tan denso, continuo y abismal como para restringirlo exclusivamente al plano ético. Como no deja de ser significativo que Francisco de Miranda, quien debe a Bolívar —a despecho de las prohibiciones muy expresas de la Junta Suprema— su retorno y prepotencia en Venezuela lo postergue al poco tiempo.

Bolívar se querella con Santander y con Páez. La historiografía oficial ha reducido el problema a un simple enfrentamiento del Libertador con sus traidores diádocos. Sin ahondar en las motivaciones de sus lugartenientes, no exentas de perfidia, tampoco podemos olvidar que Santander por más de diez años fue su más firme colaborador; y que del

taimado Páez, recibió absoluta sumisión cuando ha podido negársele, como hiciera meses antes con Rafael Urdaneta y aquella República del exilio.

Bolívar ante el exilio

¿Qué es lo que puede explicarnos el fracaso del Libertador en el campo de los afectos? ¿Por qué sufre constantemente la traición, el abandono y la felonía? ¿Es víctima acaso de la fatal singularidad del genio? Napoleón y otros grandes caudillos de la humanidad, aunque pagaron el mismo tributo nunca padecieron los niveles del infortunio y deserción que sufrió el Padre de la Patria. ¿No radicará en su carácter intemperante, corrosivo y desconsiderado la razón de tantos y dolorosos desafectos? Si Bolívar —como hemos dicho— por su naturaleza flexible era capaz cuando se lo proponía de insuflar un profundo afecto y una admiración ilimitada, abandonando a la irritabilidad, su si no tempera mental más constante, promovía las más diversas y negativas reacciones. La inflación que sufre su yo en la cumbre del poder y de la gloria, lo aliena y lo arrebata; lo que aunado a su sentida convicción de la verdad, lo incapacita para la negociación; le roba su habilidad para conciliar voluntades y aquella flexibilidad política de la que hizo feliz uso en anteriores oportunidades. De ahí que no sólo aflore, sino que estalle, y con más fuerza que nunca, su genio arbitrario.

La prudencia, lastrada, además del éxito, por la enfermedad y el cansancio, no es capaz de contenerlo en sus intemperancias. Insulta a los notables de un pueblo cordillerano al hacer callar destemplado al humilde alcalde que lo aburría. Otro tanto hace con las fuerzas vivas de Bogotá cuando le recuerdan sus deberes para con la Constitución. Manda al diablo sin cortapisas a caudillos soberbios y poderosos. Convencido de ser el creador de un mundo y no el ejecutor de una voluntad colectiva, rompe el compromiso, cae la máscara y aparece la equívoca expresión de un yo egocéntrico, desbordado y conflictivo. De ahí su ausencia de discreción para ocultar sus escandalosos amoríos, de arrostrar la puntillosa cortesanía de la nobleza criolla. Y de irrespetar a los más altos jerarcas de su corte, que con gran sacrificio apuntalaban su ya precario poderío.

Mantuano y romántico

Por temperamento, origen y formación, Bolívar es un aristócrata criollo en todo su esplendor: individualista, autoritario, avasallante, acostumbrado a imponer su voluntad según los dictados de sus deseos, principios y conveniencias. Bolívar, más por seducción, que por educación, era un romántico del primer imperio: amante de las empresas imposibles, crédulo de la perfectibilidad humana y de las bondades del sistema parlamentario. Si de una parte hizo gala verbal de su fidelidad a tales principios, en la práctica, su naturaleza pronta a contradecirlo, irrumpía contra la legitimidad que innecesariamente se había impuesto. Si Bolívar se hubiese declarado monarca absoluto, como lo pedían todos, habría evitado grandes conflictos. El romanticismo de Bolívar, sin embargo, no sólo fue cosa de pura y simple ingestión: se ajustaba en muchos aspectos su carácter. Amaba las grandes empresas, los sueños irrealizables y el predominio de los ideales sobre la dura realidad. El romanticismo tanto en España como en Hispanoamérica, fue siempre flor exótica ajena a una idiosincrasia, más ajustada a un claro y pedestre concepto de la existencia, donde no cabían especulaciones, como pretender una gran patria latinoamericana si las provincias orientales de Venezuela pugnaban por formar nación aparte. Era inaceptable a los caraqueños que el viejo rango de la ciudad fuese transferido a Bogotá para hacerla villa y corte de un imperio amasado con sangre venezolana. Todo este cúmulo de ideas del Libertador despertaban enconada oposición que a su vez lo exasperaban.

Aislado en aquel cenáculo de confidentes extranjeros, tan hijos del romanticismo como él, pierde las perspectivas de la realidad telúrica y cae en posiciones arrebatadas e injuriosas que paulatinamente van cercenando la lealtad de los pueblos y de los hombres. Un día insulta públicamente a una delegación argentina; otro, al representante norteamericano. A Rafael Urdaneta, lo humilla en una asamblea, al declarar que Sucre es su más leal servidor. Meses más tarde el propio Mariscal con sospechosa y subsanable tardanza no acude a su encuentro para darle el último adiós, ni hace esfuerzo alguno por alcanzar el cortejo que a menos de una jornada se desplaza con pasmosa lentitud. ¿Qué motivó en Sucre aquella decisión tan ajena a su proverbial bondad y afecto hacia Bolívar? ¿Será

acaso evitarse el agobiante sentimiento que en los últimos años promovía a consecuencia de ese genio intemperante, que desde siempre estuvo presente en su vida?

Intemperante siempre

Bolívar desde niño fue díscolo, rebelde y arrebatado. Sus tutores se las vieron negras por contenerlo en lo que sus tíos llamaban muy caraqueñamente sus malacrianzas. Sus relaciones interpersonales son tirantes desde sus mocedades. Su voluntad, aunque por interferencias timopáticas, a veces desmayaba, sumiéndolo en la más negra desesperación, fue siempre férrea y acerada; dispuesto siempre a vencer las mayores pruebas y los obstáculos con tal de lograr sus objetivos, sin pararle mientes a jerarquías, imposiciones colectivas o dificultades infranqueables.

Sólo el éxito rotundo lo absuelve de tantas y temerarias decisiones y que a su vez explica el origen a veces desacertado de sus convicciones y el contagioso entusiasmo que despierta, como fue el caso de Petión, el generoso Presidente haitiano, que lo auxilió por dos veces para liberar a Venezuela, luego de recalar por otras tantas desmantelado de todo signo victorioso. Por encima de sus errores, arrebatos, precipitaciones y fracasos predomina, tal es su genio y grandeza, su crédito de conductor y esta dista. Uno de los primeros en comprenderlo es José Antonio Páez. Los caudillos orientales y centrales que lo habían execrado por su inexcusable fracaso en Ocumare, terminan por reclamarlo para que acaudille a los ejércitos libertadores.

Otros rasgos

Bolívar, además del don de mando, tenía dos características de todo gran jefe y conductor: "Su desinterés es igual a su generosidad. Generoso hasta el exceso" —escribe Boussingault—. En la riqueza y en la pobreza no vacila en compartir con sus infortunados compañeros sus precarios bienes. Bolívar, como toda naturaleza fálica, tuvo muchas y variadas amantes. Era de un ardor genésico descomunal, aunque mudase de mozas con la celeridad del gallo. Salvo María Teresa del Toro y Alayza,

a quien ama y con el ardor confuso del adolescente, ninguna otra mujer — ni siquiera Manuela Sáenz— establece con él la triple vinculación del amor: sexo, cariño e intelección. "La adorable loca" lo divierte y le hace compañía, luego de abandonarla a su suerte por un año y más. Pepita Machado ejerce sobre él reclamos sexuales y nada más, a pesar de acompañarlo desde 1813 hasta 1820.

Es la inmensa soledad afectiva que a causa de su naturaleza han de arrastrar los grandes hombres por la singularidad de su temperamento. Singularidad como hemos visto no se proyecta solamente, sobre los objetos de amor, sino sobre amigos y personas de su intimidad, que a la postre reaccionan en su contra al percatarse que no existe en él esa reciprocidad que estabiliza al verdadero afecto. Quizás hay tres personas que amaron al Libertador con intensa profundidad: su mayordomo Palacios, a quien lega buena parte de su herencia; su aya, Hipólita; y María Antonia, su dominante hermana. Los demás, son siempre inestables y fugaces en su relación, a causa de esa peculiaridad nativa, y no adquirida, de la que hicimos mención.

La talla del destino

Sobre ese aporte genotípico: centrado por una afectividad tumultuosa y vital, donde las pasiones más opuestas estallan rutilantes contra una voluntad, una inteligencia y un poder creador excepcional, actuará el destino.

Nacerá caraqueño y mantuano e inmensamente rico, lo que ya determina un acento especial. Queda huérfano de padre y madre y a merced de sus tutores, que no siempre lo quieren, a muy temprana edad, lo que representa un nuevo componente en su ya polimorfa cromía. Es noble provincial, insuflado de orgullos de casta, y el destino lo hace zambo, dando al traste con las veleidades nobiliarias que le inculcaron.

Dos hombres geniales, cada quien, en su estilo, aparecen en su mocedad: Bello y Simón Rodríguez. Apolíneo el primero, exalta por contraste y defensa su alma báquica, echándolo en brazos del dionisiaco Simón Rodríguez. En él encuentra estímulo para que su exaltada imaginación se incendie del romanticismo que impera en la Francia napoleónica. Allí

aborda un destino, que le venía por abolengo: su sentido posesivo sobre la tierra y sobre la gente. Luego, como balance entre Rodríguez y Andrés Bello, encuentra un gran preceptor: el marqués de Uztáriz, aristócrata caraqueño radicado en Madrid, gran señor y enciclopedista que despierta y conduce su admiración por las artes, las ciencias y las humanidades. En escasos años alcanza esa cultura amplia y honda que potencializará su vocación y aptitudes para la gloria. Buscando la madre, que se fue temprano, topa con María Teresa, una madrileña insignificante, que cubre la necesidad de afecto estable del cual adoleció por tantos años. El destino no quiso, sin embargo, como lo dijo él mismo, que fue se plácido alcalde en San Mateo. A los ocho meses de su matrimonio queda una vez más solo ante el futuro.

Escapa a Europa e intenta olvidar su pena, entregándose a toda clase de francachelas, llevando en forma plena la vida fácil de los petimetres del primer imperio. Conoce de lejos a Napoleón, y aun que lo impresiona, temeroso de diluir su identidad. Lucha contra su imagen toda la vida, hasta el punto de rechazar la corona que, desde Páez hasta Urda neta, todos le ruegan que ciña. Nuevas experiencias lo hacen esperar. Regresa a Venezuela en vísperas de la Revolución. Rico, viudo y con tiempo de sobra se mete de lleno y con vehemencia en el asunto. Ingresa a la Sociedad Patriótica. Viaja a Londres con Andrés Bello y López Méndez, y al entrevistarse con el Ministro británico olvida sobre su escritorio las instrucciones sella das que trae de la junta. El joven atolondrado, de un error sigue a otro: invita a Miranda, enemigo de su casta, a venir a Venezuela. El drama que suscita aquella invitación es demasiado conocido. Viene el fracaso, el doloroso fracaso y también la Resurrección. Recoge los pasos perdidos y entra triunfal en Caracas, en 1813 donde recibe el título de Libertador.

No merece, aún, sin embargo, el glorioso título: es apenas un general mantuano victorioso. Le hará falta un nuevo y prolongado fracaso: el que le propicia Boves al hacerlo huir como un ladrón y un cobarde de Cumaná, al verse vilipendiado, humillado, perseguido y arruinado a su tránsito por Cartagena y Jamaica. En la isla británica es víctima de experiencias dolorosas, pero felizmente correctoras. En su convivencia estrecha con los hombres del pueblo, descubre la abnegación que encierran. En la miseria clarifica su identificación de latinoamericano y posiblemente

comprenda lo absurdo que contiene el concepto de la superioridad de casta. En ese tiempo se produce la metanoia. A los treinta y tres años nace el Libertador. En lo sucesivo, y luego de un último fracaso en 1816, su vida se encumbra por el breve lapso de diez años. A los cuarenta y tres, en la cumbre del poder, amenaza fugazmente con sobrevivirse y negar su destino de héroe solar. A los cuarenta y siete años, cuando apenas se asoma la más terrible involución, muere Simón Bolívar, el Libertador.

BOVES

(*) Conferencia dictada en el Colegio Médico del Estudio Lara y publicada 1973 por la Revista Literaria: Zana Francia con el título "La colera de Dios" visto por un psiquiatra.

JOSEP THOMAS BOBES - 1814

I

Psicopatología de José Tomás Boves

Hace mucho tiempo me interesé por Boves. Siempre me pregunté cómo era posible que un capitán de bandoleros —como lo pinta la historia escolar— haya sido capaz de desatar una hecatombe semejante.

Cuando años más tarde me propuse profundizar en su estudio, aumentaron mis dudas al advertir las muchas contradicciones de que está llena la Historia de Venezuela, y cómo, por debajo del esfuerzo de la crónica oficial por condenar a este antihéroe venezolano por excelencia, se notaba la existencia de una personalidad que parecía expresar significados diferentes.

Un día se me ocurrió recorrer su ruta. Estar en los sitios donde existió. Quise hablar con los viejos. Quise conocer los escenarios naturales que lo contuvieron, y sobre todo, medir qué impactos había dejado en la conseja y en la tradición populares. De esta forma recogí una información cuantiosa, la cual, además de discrepar con la historia oficial, correspondía a la imagen que me venía haciendo de la caracterología del caudillo.

En base a hechos claros y bien establecidos por la historiografía, fijé una serie de rasgos que amplié y desarrollé como lo autoriza la psicopatología de la personalidad. Con esta suma de rasgos conocidos, y muy justificadamente supuestos, elaboré una primera semblanza de José Tomás Boves donde, abusando de la epistemología, intenté hacerla cálida, viva y coherente. Contrasté esta personalidad con la conocida oficialmente, con lo que fantaseaba el pueblo y con lo que a mí me pareció verosímil. Posteriormente intenté escribir una novela y salió El Urogallo, que si bien resultó una biografía novelada, concebida y desarrollada científicamente, no tiene el rigor científico que hubiese deseado. La ciencia puso freno a nuestras fantasías. Hay ciertas oquedades que no podemos rellenar, por grande que sea nuestra tentación de hacerlo. Cuando se traza la patografía de un hombre, como en el caso de Boves, tenemos que aceptar muchas veces que el fruto de nuestras conclusiones no sea sino un conjunto de conocimientos fragmentarios expuestos, sin

unidad, en la forma alcanzada en la novela. Por eso mi exposición de hoy tendrá esa misma característica. Desarrollaré hipótesis fragmentarias sobre Boves o esquemas heurísticos.

II

Sentada esta advertencia, nos adentraremos en la interpretación del más fiero arquetipo que haya tenido la América hispana, pues la tragedia de José Tomás Boves, más que la historia de un hombre, es el arrebato de todo un pueblo buscando su síntesis. Boves es fermento y estallido de un hontanar profundo. Es héroe y antihéroe, villano y adalid, según cabalgue en el Urogallo de las academias o en las consejas de aldeas.

Hasta hace medio siglo, en el mes de su muerte, se celebraba en el Alto Llano la misa de Boves, y los hijos y los nietos de sus lanceros susurraban su nombre en trances difíciles como si fuera un espíritu milagroso; mientras en Caracas, la prosa pomposa de los historiadores oficiales tronaba contra aquella réplica tropical de Atila, ese caudillo capaz de hacer bailar el cure burlesco de Piquirique a quienes iba a victimar.

La historia oficial de este capitán de bandidos está salpicada de anécdotas donde se dan la mano el humor negro y el odio feral, y contrasta con el recuerdo de un hombre a quien los suyos apodaban a Taita, denominativo propio de pueblos huérfanos para sus caudillos y sus protectores.

¿Cuál de estas dos versiones es la verdadera? Tan cierta es la una como la otra. Boves fue un hombre despiadado. Fue "la cólera de Dios", como lo denominó Bolívar, pero fue también el primer caudillo de la Democracia en Venezuela, como lo afirmo Juan Vicente González.

Fue detestado y temido, pero también amado y reverenciado como lo son, entre los primitivos, las deidades sangrientas, pues para el pensamiento del hombre adormitado en su esencia, tan sólo aquel capaz de ser temido merece ser amado, ya que sin odio no puede haber amor, como es timbre de sinceridad, para el que ha sido engañado muchas veces, la brutal felonía.

Pero volvamos por los momentos al juicio diagnóstico que nos merece

este singular asturiano que, a los quince años, se vino a Venezuela "a hacer" la América.

III

José Tomás Boves, sin lugar a dudas, era una personalidad psicopática, a quien los psiquiatras clásicos incluirían en el capítulo de los paranoides sanguinarios. Es digno de figurar al lado de Tiberio, de Pedro el Cruel, de Calígula y Nerón, tales son sus desmanes y la saña con que los realizó. Sobre este particular no hay lugar a discusión, ni creo necesario recordarle a tan docto auditorium lecciones primeras de psiquiatría básica.

Su conducta desaforada desborda los límites de tolerancia concedidos a su tiempo y a su espacio, sien do la misma reacción de incomprensible horror que provocan sus actos, la más clara demostración de su insania, ya que, como dice un axioma psiquiátrico: la anormalidad comienza cuando el acontecer psiquico de un semejante se torna incomprensible, de primera intención y por derecho propio.

Boves, por encima de su psicopatía básica, exhibe y abunda en los llamados rasgos paranoides: es susceptible, de un orgullo desmedido, vengativo y rencoroso, incapaz de olvidar una afrenta, disimulado y burlón. Pero tiene también las cualidades de los paranoides: es justiciero, generoso y magnánimo con sus incondicionales, alegre y trabajador. Tiene, como todos los psicópatas de su género, una sexualidad desbordante y una agresividad proporcional. Padecía además de una embriaguez aguda patológica, lo que sugiere muchas preguntas que, desgraciadamente, quedarán sin respuesta.

Así era Boves inicialmente: un hombre de rasgos fuertes y definidos, con sus singularidades, sus fachadas positivas y sus oquedades, silentes, donde dormitaba la tragedia. ¿Cuántos hombres, como José Tomás Boves, llevan una existencia anodina y, sin embargo, pueden florear semillas fecundas de insania que esperaban tan sólo el contacto vivificador? Maquiavelo había escrito: "La guerra hace al ladrón, la paz lo ahorca". Y Pedro Miguel Cande las, exclama cuando estalla la Guerra Federal: "Ahora es que comprendo quién soy y para qué he nacido".

Con Boves sucedió otro tanto; su personalidad, en precario equilibrio,

quedó bruscamente descompensada cuando fue víctima de aquella brutal afrenta en que se le azotó en la plaza mayor de Calabozo, luego de hacérsele víctima de un proceso falaz. Y en la guerra encontró la oportunidad de dar rienda suelta a su naturaleza atormentada. Lo que en otros tiempos no hubiese pasado de ser un

cavilar sombrío o, a lo sumo, un insignificante drama policial, se tornó en un espantoso holocausto que, con sumió la vida de más de cien mil venezolanos.

IV

Pero no hay que creer que la tragedia colectiva suscitada por José Tomás Boves sea una simple concatenación de causas y posibilidades factibles de suceder en cualquier persona en situación similar. De no haber abrigado en si una fuerte carga de insania, no se habría desbordado en el momento de su ascenso por graves y calcinantes que hubiesen sido los vejámenes a que fue sometido. Numerosos hombres de su tiempo, como Sucre y Páez, no respondieron a la brutal agresión de que fueron víctimas. No justifica a Boves el que una infinidad de caudillos como Arismendi, Bermúdez y Campo Elías, lo aventajasen en ferocidad, pues es bien sabido que las personalidades anormales sobrenadan en los climas de agitación social y se apoderan siempre del primer plano.

"Nadie ignora —escribe Marañón—, con cuánta frecuencia la gran tramoya de los hechos públicos ha sido conducidos por individuos, o francamente enfermos o de esos otros que, como los funámbulos en la cuerda floja, atraviesan la vida balanceándose entre la normalidad y la patología".

Por eso resulta simple pensar que a consecuencia de la injusticia de que fue víctima, Boves hubiese sucumbido al resentimiento, a esa trágica pasión del alma que impide borrar las afrentas, remontar la esperanza y comprender que la vida humana es un largo camino donde el dolor y la tragedia preceden y suceden inevitablemente a la alegría.

Los sucesos de Calabozo no hicieron de Boves un resentido de la noche a la mañana. Si en su personalidad no hubieran prevalecido rasgos paranoides, se habría marchado con Antoñanzas y hubiese sido uno de los

tantos oficiales que del lado español o republicano hicieron la guerra del modo como siempre ésta se ha hecho. Es pues de obligatoria su posición la idea de que Boves, antes de ser azotado en la Plaza de Calabozo, ya era un resentido, por que como decía el célebre Hoche: "el espíritu no se cierne sobre las aguas y en todo desarrollo psicopático hay una larga historia de sucesos y de situaciones que van conformando la personalidad de quien la sufre". Si Boves era un ser proclive al resentimiento, la clave de esta

actitud está en su propia historia. Revisemos lo poco que sabemos de sus primeros años y abusemos quizás de la hipótesis para tratar de entender al historiado.

V

Sabemos que era hijo de un hidalgo de gotera, esto es, noble de tercera clase "de los de mucha adarga y nada en el puchero", y de una mujer de origen muy humilde, ya que era inclusera, es decir, recogida en el atrio de la iglesia y criada de caridad en el convento.

Y aquí tenemos una primera observación para cavilar, ya que la experiencia demuestra que una diferencia social tan marcada como la que envuelve a los padres de Boves, suele engendrar conflictos, pues enfrenta al hombre a una yuxtaposición de realidades antagónicas, que le impide una cara con ciencia de su ubicación social, y por ende, de un sentimiento tan importante como el de la solidaridad humana. Quien al nacer se encuentra a mitad de camino entre los privilegiados y los desposeídos, tiene dos posibilidades: o profesa de arribista o se destaca retaliativo.

Boves, en sus primeros tiempos, se identifica con la clase del padre. En la Academia de Oviedo quiso ser aceptado por sus compañeros, sin lograrlo, como trató de hacer otro tanto con la oligarquía calaboceña, la que brutalmente lo rechazó. Luego desaparece en los avatares de la guerra. Cuando lo volvemos a ver viene al frente de las masas bárbaras, a quienes halaga y adula haciéndoles promesas increíbles para un hombre de su procedencia. Es la típica conducta del que acaba de ser aceptado por un grupo social que le es extraño y a quien todavía siente como hostil

y exigente. Con el acto externo se pretende borrar la duda o la negación que debilita. A mayores dudas, mayor ruidosidad en la conducta opuesta. Es la típica reacción reactiva o negación por contrarios que señala el psicoanálisis.

Esa dualidad de su origen, nunca superada, lo llevará a las posiciones radicales que terminan por destruirlo. Dualidad que al impedirle una identificación franca y profunda con ningún grupo humano, favorece y explica su fracaso afectivo, fuente importante de su resentimiento.

VI

Sigamos analizando las circunstancias de este hombre que fue llamado por los clérigos de su época: el hijo del diablo

Llega a Venezuela a los 15 años de edad, como pilotín de una compañía naviera. Puerto Cabello es, en esa época uno de los lugares más insalubres del orbe. La fiebre amarilla impera endémica y los cuadros de oficiales de la guarnición se forman por ascenso de los sargentos. Nadie quiere venir a esta aldea fortificada en el Caribe. Si Boves vino, fue sin duda por no encontrar nada mejor. Las posiciones más codiciadas quedaron en manos de sus compañeros linajudos o aplicados, pues Boves, además de pobre y huérfano, era un mal estudiante.

Boves fue hijo amantísimo, lo que supone una actitud afectiva recíproca por parte de su madre. Durante toda su vida, aun en los peores momentos vive obsesionado porque a su madre le llegue la pensión que le otorga. Por eso cabe preguntarse ¿qué sentiría aquel niño de 15 años al tener que separarse una vez más de la madre y hermanas, a quienes idolatra, para venir a sentar plaza en un sórdido puerto amurallado y cuartelario? ¿Cavilaría sobre la dureza de su vida, sobre su precoz orfandad, sobre las afrentas de sus compañeros de academia? Nadie pudiera afirmarlo, pero es verosímil suponerlo. El hecho de que se haya hecho contrabandista o pirata, confirma la hipótesis de que tenía prisa por hacer dinero, lo que lo llevó a ser condenado a ocho años de presidio cuando apenas tenía veinte años de edad. El Dr. Juan Germán Roscio, el célebre ideólogo, asume su defensa y logra que se le transfiera la pena de presidio a confinamiento en Calabozo, a donde llega a comienzos de

1805. Cuando estalla la revolución de 1810 es uno de los comerciantes más prósperos de los llanos centrales.

En ese entonces, se enamora de una muchacha de apellido Zarrasqueta, de linajuda familia de San Sebastián. El padre se la niega en matrimonio, afrenta que habría de costarle la vida años más tarde, ya que Boves tomó cruel venganza de aquel rechazo. En el rechazo de los Zarrasqueta, como en el desdén que le hacen los mantuanos calaboceños, al no aceptar su importante oferta de comandar la caballería, es dable observar el drama psicológico del asturiano. Por una parte, no renuncia a ingresar en el mundillo aristocrático de nuestra era colonial, cosa muy típica de los hijodalgos españoles, por la otra, el manifiesto rechazo de esa sociedad en incorporarlo a su seno, a pesar de ser español y hombre de amplios recursos, le amarga. El hecho de haber sido azotado en la plaza pública, pena reservada sólo para villanos y gente de baja extracción, señala el afán que tuvo la oligarquía calaboceña de expulsar lo de su seno y mostrar claramente que no era miembro de su grupo, acto que, sin duda resultó más doloroso para José Tomás Boves que los mismos vergajazos que dejó caer sobre su espalda el verdugo Sebastián. La particular saña con que trató después a los calaboceños y al viejo Zarrasqueta, muestra la huella de su sufrimiento y de su resentimiento. Es el momento en que rompe definitivamente con la imagen del padre e insurge sistemático y destructivo contra todo aquello que se lo recuerde, tal la clase dirigente colonial. Y así, de aldea en aldea y de pueblo en pueblo, va destruyendo sistemáticamente todo cuanto encuentra a su paso como un verdadero ángel exterminador.

VII

¿Explican o justifican estos hechos el resentimiento de Boves? Si atendemos el relato con fría objetividad, caeremos en cuenta de que la vida del caudillo está llena de altibajos, como los de mucha gente. Si quedó huérfano y en la miseria a los cinco años, también la compensación de ingresar a la Academia de Oviedo. Es condenado a presidio por una falta grave, y logra que un abogado tan célebre y respetable, como Roscio, lo defienda y obtenga, en cierta forma, su libertad. Pasa miserias de niño, pero termina siendo rico. Si los mantuanos le despreciaron, los

llaneros le adoraron. Guapo y bien plantado, simpático y con prestigio, el saldo de su vida no sólo es favorable sino envidiable; pero José Tomás Boves, como muchos resentidos, no establece el inventario de su vida. Tan sólo tiene ojos y oídos para la afrenta. No pesa el bien con el mal, las gratificaciones y las frustraciones, la repulsión y la simpatía; por eso piensa que la vida ha sido injusta con él; que un fatum, un destino aciago lo persigue, pues el resentido, a diferencia del vengativo que odia a alguien en particular, termina odiando la vida misma. Odia al sistema social en que ha nacido y los valores que lo rodean. Todo llega a parecerle falso e injusto. Niega los afectos. Se mofa de las virtudes. Se complace en demostrar y en demostrarse la falacia de la existencia humana. Y un deseo implacable de hacer tábula rasa lo embarga. De esta manera, pequeños dramas particulares cuya trascendencia no era prevista, se convierten en la mente de los resentidos capaces de proyección, en fuerzas tremendas por sus consecuencias. Boves tipifica este caso histórico y ese proceso psicológico.

Cuando lo vemos cometer toda clase de depredaciones, no podemos menos que pensar en el mecanismo aportado. Cuando lo vemos entrar a saco en la Iglesia y matar y violar en los altares, robustecemos nuestra hipótesis. Para un español del siglo XIX es cosa grave una profanación semejante. Si Boves lo hizo fue con el fin de proclamar su total irrespeto por un sistema de valores que justificaba su imperio. De la misma forma que no tienen otra explicación sus constantes muestras de humor macabro, tenebroso: es la mofa cruenta a virtudes que el romanticismo preconizaba. Es el afán de demostrar que él, como el resto de la humanidad, carece de piedad o que ya nada es capaz de conmoverlo, pues se siente un hombre diferente. El baile de Valencia, con sus víctimas bailando la sonata gachupina mientras afuera tronaba la muerte constituye claro ejemplo de lo que afirmo. ¡Qué brutal contraste! Convertir un suceso festivo en acontecimiento trágico. Se advierte la voluntad de invertir los valores, el afán de destruir un sistema, la obsesión por exterminar a los que lo humillaron y a sus próximos, a sus semejantes y, finalmente, hasta a los que son diferentes de ellos, pues los hombres son seres maléficos que merecen castigo. Así cavilaría el caudillo en su trágico resentimiento. Por eso se burla del rey, del clero, del linaje, de la civilización greco-latina y de todo lo que le recuerde la cultura que lo alimento. Y acentúa

el contraste sumergiéndose en la masa parda o negra de las multitudes harapientas conducidas por él. Proclama, en gritón alarde, que sólo se siente bien entre negros y entre pardos. Y duerme con ellos. y marcha por los caminos con el torso desnudo, como andan sus hombres, y come del mismo tasajo, y se embriaga en medio de ellos hasta caer exhausto. Le anima un afán terrible por identificarse con el grupo que lo ha acogido. No conduce, es conducido.

Por eso no vacila en ser más bárbaro y cruel que sus mismos secuaces. Por eso profana las iglesias, como si sospechase que los dioses tutelares de África y América, humillados por el fraile, exigiese desagravios. Boves no frena sus mesnadas, por el contrario, las estimula en sus desvaríos. Todo es para los pardos. Todo es para los negros. Hay que matar a todos los blancos, la raza maldita — proclama estentóreo— como tratando de hacerse perdonar que tiene los ojos color de tigre y el pelo amarillo rojizo parecido al trigo en sazón en sus tierras de Asturias.

Boves, en su soledad de resentido, hace una violenta introyección en un mundo al que, por formación y prejuicios, desprecia hasta lo más profundo y pretende tragárselo. Y en brutal bocanada de afirmación provoca la muerte de los cincuenta soldados blancos que quedaban en sus filas. Con este bautizo de sangre, Boves, el asturiano, pretendió ser pardo, mestizo o venezolano.

Boves, en su desarrollo paranoide, se desliza hacia el desencadenamiento de la neurosis colectiva. De simple resentido contra los mantuanos de Calabozo se convierte en efector de una revolución social que hace tiempo está a punto de estallar. Hecho que necesariamente nos lleva a una serie de reflexiones sobre la singular personalidad de José Tomás Boves, pues no basta la decisión auténtica o torcida de un hombre, de convertirse en caudillo o dirigente, para que las masas le otorguen sus favores. Los caudillos no surgen por su libre decisión, sino por el asentimiento de todos para dejarse conducir. Si Boves resultó el caudillo de las masas desvalidas de Venezuela, fue porque esas masas le otorgaron sus favores. Tenía maná —como decía Jung— o prestigio, aura personal o carisma. No era, pues, un simple capitán de bandoleros como cuentan irreverentes textos escolares, y digo irreverentes porque no merece otro calificativo quien así juzgue a un hombre que por diversas circunstancias,

se convirtió en el depositario y conductor de los ideales de un pueblo. Boves fue el hombre que, en un momento determinado, despertó a las masas explotadas del país y aceleró un proceso igualitario que, en otros países hermanos, no ha comenzado todavía. Y lo hizo porque tenía una profunda significación y ascendencia para ese pueblo. Todo conductor de almas da a los hombres que conduce, lo que ya tienen contenido. Ei conductor, el líder, el caudillo no es más que el comadrón que vigila el parto de un pueblo en el camino.

Pero los pueblos se enamoran de sus caudillos y los siguen en místico embeleso. Boves fue uno de los seres más carismáticos que ha tenido Venezuela. ¿De qué otra forma se explica que una colectividad de apenas ochocientas mil almas, a su reclamo, levante en tres ocasiones ejércitos de siete mil hombres? Todo el llano, en esa época, desde Barinas a Maturín y desde las llanuras del Guárico hasta Calabozo, no llegaba a los cien mil habitantes. Calabozo, Valle de la Pascua, San Fernando de Apure, eran villas de cuatro mil habitantes. Y a su pedido los pueblos y aldeas se despoblaban buscando su luz, como si en el Alto Llano hubiese aparecido el siempre esperado Gran Vengador.

De no haber muerto Boves en Urica, es probable que Páez no hubiese salido de la anonimia, pues Páez no hace otra cosa que recoger el legado de Boves. Hay un detalle muy poco conocido y que trae el Capitán Vowl en su libro sobre las Sabanas de Barinas, donde se refiere que, en los tiempos de Boves, los lanceros patriotas llevaban banderolas blancas en sus lanzas, en tanto que la gente de Boves llevaba banderolas negras; luego de la muerte del Urogallo, los colores se invierten, son negras las banderolas de la gente de Páez y blancas las de Morillo, como si quisiesen atestiguar que el Catire Páez era el continuador del Catire Boves. Personalidades muy similares, exceptuando la crueldad, han debido ser la del caudillo patriota y la del realista para que pudiera producirse esta transferencia de mandatos. De haber sido tan distinto el uno del otro, Páez no hubiese sido capaz de conducir aquellas montoneras feroces que tornaron posible la Independencia, después de que los conformó el resentido pulpero de Calabozo.

Si Boves hubiese sido una figura similar a la del Tirano Aguirre, le envolvería a todo lo largo de su acción, el siniestro halo fantasmal que

rodeaba al vizcaíno; de la misma forma que no se invocaría su nombre como espíritu milagrero en las remotas aldeas. En un país como el nuestro, que no ama la historia, cuando suceden fenómenos como éste, es tamos realmente ante algo extraordinario. No puede caber otra explicación que la del impacto con que este hombre golpeó a sus coetáneos, hasta el punto de que ciento cincuenta años de una agitada vida histórica, no han sido capaces de borrar su huella, pese a que su intervención en nuestra vida pública se redujo apenas a dieciocho meses. En abril de 1813, es un desconocido segundón que pide permiso a Cajigal para hacer la guerra por su cuenta. En diciembre de 1814, yace sepultado en la iglesia de Urica.

Nadie se ufana de haber matado a Boves. Ni el mismo Zaraza fue capaz de afirmarlo ni de negarlo. Hay muchas versiones sobre los que ultimaron a Boves, pero más que afirmaciones jactanciosas, son acusaciones solapadas que revelan miedo a la venganza, pues si Boves encarnó un arquetipo, como yo lo creo, su muerte, como la del animal totémico. Exige el sacrificio cruento del victimario y de su familia. Porque Boves fue sin duda un arquetipo o se dejó penetrar por el arquetipo del héroe, tal como nos lo propone Jung en su teoría del inconsciente colectivo.

VIII

Con el fin de situar el problema, tratemos, en el menor número de palabras, de recordar lo que conceptúa Jung por arquetipo y de qué manera podemos entender a José Tomás Boves a través de su teoría.

Según el genial maestro de Zurich, la vida humana se debate entre dos polaridades: una, la del destino individual, de la realización personal que nos impide de desaparecer en el caos masivo, inauténtico y desvirtuado; otra, el impulso colectivo que nos lleva a proceder y a actuar como si fuésemos simples partes de un destino general. "No somos lo que queremos ser —dice el psiquiatra— sino lo que los demás quieren que seamos". "No elegimos nuestro destino —decía Nietzsche— somos elegidos". Con el fin de mantener su coherencia y equilibrio, la humanidad se vale de unas líneas de fuerza o estereotipos que en cierta forma regulan la conducta humana. De acuerdo con nuestra ubicación

social y profesional los demás esperan a que nos conduzcamos de un modo determinado, sintiéndonos

por nuestra parte obligados a ello. Es el compromiso tácito que tiene el individuo con la sociedad que lo contiene.

Hay profesiones o modos de ser que implican mayor responsabilidad social, como es el caso del médico, del sacerdote, del maestro. En la medida que aumenta la significación social de un sujeto, éste es menos libre, pues ya su personalidad está inflada por la dignidad que encarna. Hay núcleos de vida individual de gran proyección social, como es el caso de los héroes y de los profetas, en que el individuo casi no se pertenece, pues su personalidad y conducta, en lo sucesivo, está al servicio de una gran realización social. Eso es un arquetipo. Y eso, en mi opinión, le sucedió a Boves y explica también la locura que lo aquejó en los últimos momentos de su vida.

Boves, en un instante determinado, siendo blanco, rubio y acaudalado comerciante, se pone al frente de las masas pardas e insurge contra el régimen de casta que lo favorece. Como a muchos neuróticos aquejados de sentimientos de inferioridad y resentido por el desdén de los que él considera sus iguales, harto ya de humillaciones y de hacer esfuerzos por ser aceptado, se deja caer definitivamente dentro de un estrato social a quien seguramente menospreciaba, y en acto de negación casi psicótica, se erige en defensor de aquellos intereses y enemigo jurado de su propia casta, a quien comienza a inmolar cruelmente desde su primera salida de Guayabal. Su tesis política es muy simple, pero eficaz: liquidar físicamente a los blancos poseedores de la riqueza y distribuir todo entre el pardaje, que era el resto del país. Suprimir un grupo privilegiado, de rasgos físicos indelebles, para que cese la heterogeneidad, para que todo se iguale, pues en Hispanoamérica el problema de las clases sociales se complicó al con fundirlo con los grupos étnicos. José Tomás Boves busca a través de la vía expeditiva y sangrienta la igualación que, desde sus orígenes, exige el país y que le impide operar la necesaria síntesis socio-histórica. El cabalgamiento de grupos humanos, como en el régimen de castas, sólo producía un sistema incoherente. La represión y el malestar existentes entre los diversos estratos, implicaba terribles tensiones. Venezuela, como toda Latinoamérica, es taba urgida de la desaparición del régimen de

castas. Boves, porque tenía prestigio o lo que Jung llama personalidad maná, estuvo a la altura de ese arquetipo, y las masas venezolanas lo acogieron como a su héroe y a su libertador.

IX

Pero pocos hombres resisten ser acogidos como arquetipo poderoso del héroe, "la segunda y verdadera emancipación del padre". Su ego se infla — siguiendo la terminología de Jung— su individualidad se funde, pierde la noción de la realidad y su yo estalla en delirio esquizofrénico. A Boves lo enloqueció el arquetipo del héroe que lo dominaba. La matanza de Cumaná ya tiene el sello de la locura. En la misma novela silencié hechos por su acentuada inverosimilitud, como el de su proyecto de fundar un harén en la isla de la Arichuna.

El arquetipo del héroe, al inflar su ego, le movió a sentirse omnipotente, eufórico y megalomaníaco. Llega entonces el regalo de Corrales, la novia mantuana de Calabozo. Y desaparece bruscamente su odio y su resentimiento porque la ofrenda de Inés constituía la aceptación definitiva de la clase social del padre que lo había desdeñado. Desaparecido el odio, recobró la visión de la realidad. Comprende que acomete una hazaña que no es la propia. Y al desinflarse su yo de la hinchazón colectiva, por obra del amor, es asaltado por el sentimiento de culpa y comprende que ya no puede ser caudillo de pardos ni tampoco retornar al seno de su gente, a quien ha mutilado en trágico esplendor sadomasoquista. El, tan buen conocedor de caballos, monta temerariamente sobre un corcel al que no conoce y deliberadamente camina hacia el suicidio.

Otra explicación pudiera ser, que habiendo terminado su ciclo heroico, como el Cid Campeador que tomó a Valencia después de muerto, Boves, como todos los héroes, puso fin a su vida en el momento de su máximo esplendor y por eso vive y pervive en nuestra historia como un luminoso arquetipo a quien los historiadores oficiales no lograron arrebatar sus laureles.

BETANCOURT

(*) Publicado por la Revista Resumen en 1978 con el título: El ultimo caudillo, análisis de un psiquiatra.

Cuando llamamos al conocido psiquiatra y escritor Francisco Herrera Luque para que nos elaborara un análisis acerca de la personalidad de don Rómulo Betancourt, nos respondió que ya hace tiempo lo había escrito y nos envió este interesante trabajo que hoy publicamos.

¿Betancourt causa o efecto de su circunstancia?

La historia en sus hitos, según sostiene una forma de pensar, no es la consecuencia de la voluntad y del quehacer de un hombre. Los héroes y antihéroes, los caudillos, las figuras proceras, son efectores de un proceso social obligante. La independencia se hubiese producido con o sin Bolívar. Los cambios sociales operados a raíz de la Guerra Federal, no son obra de Zamora, ni de los dos Guzmán. De no haber sido las circunstancias propicias, Juan Vicente Gómez no hubiese podido establecer una dictadura. Rómulo Betancourt es tan sólo el brazo ejecutor de una voluntad colectiva, subyacente y viva que buscaba su forma. La democracia venezolana no surge, de acuerdo a esta interpretación, el esfuerzo de Betancourt. El apenas verbalizar lo que estaba informado y asistió al alumbramiento del que estaba por venir. ¿No existen entonces los héroes? ¿Los prohombres que han conducido nuestra historia son meros cuerpos inertes sacudidos por corrientes ajenas, impersonales y profundas? ¿La historia hubiese sido diferente en ausencia de ellos? Sin dejar de creer que la humanidad, además de ser expresión de su tiempo y de su espacio está limitada por ambos factores, no podemos olvidar que el hombre es el único ser viviente capaz de modificar su circunstancia, sea para destruirla y envilecerla, o para elevarla dentro de sus posibilidades.

La interacción hombre-medio se hace a través de las instituciones. Si ellas condicionan la actitud y conducta del hombre ante lo individual y lo colectivo, es él quien las hace y modifica. La sociedad machista o la autocracia, tomemos por caso, surgió como consecuencia de determinadas circunstancias. Al variar éstas, al no corresponder a la realidad social siempre cambiante, no sólo se hicieron inadecuadas para "hacer la dicha del mayor número de gente", sino que fueron matrices de conflicto y sufrimiento. Cambiar, dar el salto, modificar las instituciones, renovar, revolucionar, adolece siempre de prontitud, a pesar de ser la única terapéutica cuando el cuerpo social ha claudicado.

Son un grupo de hombres, o un hombre en particular, quien con sus desvelos, valor y talento determina el cambio en las instituciones. No es tarea fácil ni grata la del revolucionario. Es dura, cruel, preñada de peligros. La mayor parte de los

hombres por víctimas que sean de las condiciones socioeconómicas, tienden a perpetuar lo existente. La posibilidad, raíz del progreso e hija dilecta de la revolución, engendra angustia inminente y concreta en el hombre común. Esta tendencia a detener el tiempo y a congelar lo estatuido, se acrecienta de abajo a arriba en los diversos estratos de la pirámide social.

Y es comprensible que así lo sea: la historia de la humanidad progresa hacia la supresión o reducción de los privilegios. De ahí que no exista grupo más refractario al cambio que aquel que configura el vértice de la sociedad. Los grupos medios, y en especial dentro de una sociedad opresora, no son sustancialmente diferentes. El trepar, abrirse paso, hacerse un nombre, descartarse hacia arriba, siempre es posible en los individuos que como Rómulo Betancourt poseen talento, agresividad y ambición.

Posibilidad que se acrecienta en aquella Venezuela de cincuenta años atrás, ayuna de valores en sus cuadros dirigentes. Esta es la historia de innumerables plutócratas de nuestro tiempo. Sobornada la voluntad de transformación de los que abajo pugnan por transformar o amordazados los irreductibles, la voluntad de reestructuración más que una proeza es una temeridad heroica, ante la cual hay que inclinarse y en particular si el esfuerzo fue coro nado por el éxito.

Los cambios políticos e institucionales generados por Betancourt, como conductor triunfante, no son pura expresión de una coyuntura histórica, Los mandatarios y más aún en las sociedades subdesarrolladas, si están limitados en su gestión por las condiciones socioeconómicas siempre existe dentro de ellas un campo de libertad de amplio espectro donde el gobernante, como expresión de su voluntad, puede conferirle a su acción coloridos del más variado y opuesto signo. Juan Vicente Gómez, al igual que sus predecesores y sucesores no hubiese podido jamás, so riesgo de ser derrocado, hacer una revolución de corte bolchevique. Las circunstancias no estaban dadas. Pero sí es un hecho que el Hombre de

la Mulera, como lo hizo hasta 1913, pudo haber mantenido un régimen de libertades. López y Medina lo instauran inmediatamente después de su muerte, Juan Vicente Gómez, por su peculiaridad personal no sólo estanca el proceso evolutivo de nuestra sociedad, sino que lo retrotrae a niveles históricos anteriores a Guzmán Blanco, déspota ilustrado, que con todas sus lacras introduce cambios sustanciales en las instituciones caducas y patriarcales que se arrastraban desde la Colonia.

Los individuos egregios, llámense líderes, profetas o gobernantes pueden al igual que enzimas acelerar, congelar o degradar los procesos sociales. Páez estancó la evolución. Guzmán la fustigó para que avanzara. Juan Vicente Gómez la hizo retroceder. Los gobernantes, como parecen señalarlo los hechos, no son pues, puros efectores inertes del medio social que los contienen. Así como pueden frenarlo, desvirtuarlo y retrogradarlo pueden señalarle otros derroteros e iluminarlo con su acción y con su prestancia poniendo en marcha fórmulas nuevas en el quehacer social. En la medida que un líder asuma este papel de encender y de conducir un proceso, como lo ha hecho Rómulo Betancourt, se hace acreedor al título de creador de un sistema y de una época.

Los cuatro reyes de la baraja

Cuatro hombres centran la vida venezolana en más de siglo y medio de era republicana: Páez, Guzmán, Gómez y Betancourt. Hasta el final de la Guerra Larga en 1863, e incluyendo el antipaecismo monaguense, el lugarteniente de Bolívar centra el quehacer nacional. Vargas, Soublette, no son más que personajes interpuestos que complementan con altura y dignidad, pero sin ánimos heterodoxos, la voluntad del Centauro. Entre 1863 y 1870 (como lo será luego entre 1898 y 1899 y en el período 1936-1945) provoca un interregno que anuncia, al final que la gestión de Castro con Juan Vicente Gómez, la aparición en el primer plano de la vida nacional de Antonio Guzmán Blanco. Hasta la invasión andina en 1899, los años que proceden y suceden guzmancismo están signados por espíritu del "Autócrata Civilizador".

Gómez pudiera considerarse una continuidad de Castro o Castro una introducción a Gómez. El caso es que la historia de Venezuela

es conformada por los "Dos Compadres" durante los treinta y seis largos años que van desde el 99 hasta 1935. El gomezalato tuvo un estilo circunstancial, que si pareciere terminar con la muerte, prosigue atemperado durante los regímenes de López Contreras y Medina Angarita.

En 1945 estalla la Revolución que genera y conduce Rómulo Betancourt. Profundos cambios se introducen en nuestras instituciones. La dictadura castrense que insurge en 1948 y que por diez años regresa al país, en muchos aspectos, a la era gomecista, no puede, sin embargo, evadirse a compromisos sociales establecidos por la revolución que acaudilla Rómulo Betancourt.

Entre 1958 y 1963, como Presidente Constitucional de Venezuela, a gritos, con razones, ejemplos y cañonazos defiende la incipiente democracia de sus adversarios de izquierda y derecha. Luego de mandar pacífica, si por tal se entiende dejar fuera de combate a sus enemigos y aplicar a sus sucesores, una democracia enérgica. Su íntimo amigo y compañero Leoni, con estilo diferente, pero siempre bajo la inspiración betancuriana, por más que éste se empeñe en no ser sombra tras el trono, prosigue su obra apoyada por su partido.

En 1968 con el triunfo de Copei se produce una cesura de la era betancuriana. Parece el final luego de 23 años. Lo señala la derrota electoral y el tiempo de hegemonía.

El nuevo gobierno no aporta, sin embargo, cambios sustanciales dentro del esquema político iniciado por Betancourt. Apenas cambios de nombres y de estilos de gobernar. La victoria ha sido alcanzada por margen insignificante y como consecuencia del gran cisma adeco. El país virtualmente continúa bajo la influencia de Rómulo Betancourt. Lo confirma plenamente el clamoroso triunfo electoral de 1973 y del cual es su artífice probado. La era de Betancourt de 1945 a este año electoral de 1978 lleva treinta y tres años (el mismo tiempo de Páez). De resultar favorecido en las elecciones Luis Piñerúa Ordaz, la hegemonía del Gran Caudillo Civil excedería en tres años el tiempo de Juan Vicente Gómez. De ahí que afirme que Rómulo Betancourt es el cuarto rey de la baraja. ¿Cuándo vendrá el interregno? ¿Quién ha de sucederle en la hegemonía? A Betancourt le incomoda el papel de ortopeda o de preceptor de esta

niña difícil que se llama democracia y que lo será plenamente —y estas son sus palabras—, en la medida que pueda funcionar y vivir sin apoyarse en los hombres providenciales. Hace poco me decía socarrón, mostrándome su ala cena rebosante de los obsequios que como tributo a su telúrica gula le envían sus admiradores: "Esta es la expresión del paso del caudillo al líder".

El caudillo que no quiere serlo

Rómulo Betancourt —y es posible que pocos lo crean— detesta ser caudillo por si tal se entiende al autócrata, que supedita las instituciones al egocentrismo. Betancourt, como me lo susurró a pocos pasos de él un joven técnico abstruso: "Tiene la extraña manía de ser demócrata". Yo no sé qué pensaba Betancourt en sus primeros tiempos sobre el poder y la intimidad. Mis conversaciones con él datan de 1973. Yo no sé, y se lo he de preguntar, si en los años mozos que precedieron la Revolución de Octubre pensaba "que el bien a la Patria es secundario a la ambición personal" y si la parafernalia que rodea al poder merecía en aquel tiempo el sentido desdén que he podido captarle ahora. Betancourt es un hombre que ama su intimidad. Disfruta de la lectura de obras ajenas a la política: cuida él mismo su jardín: le place extraordinariamente conversar con sus viejos y nuevos amigos, abandonándose a la espontaneidad sin importarle si lo que dice y hace desmejora su imagen. No hay nada que lo fatigue más que un adulón, un chismoso o un intrigante. Acierta Carlos Gottberg cuando escribe que el rostro de Betancourt es un libro abierto que no oculta simpatías y animadversiones. Es un trabajador incansable, siempre y cuando no pueda hacer otra cosa, como ocurre cada vez que se producen emergencias políticas. En esos casos abandona su actitud de pasiva y hasta perezosa contemplación para enfrentarse al problema. Horas antes de pronunciar un discurso Betancourt, según sus propias palabras, es intratable. Se torna gruñón, irascible y desconsiderado. Detesta las fiestas en palacios y huye de la prensa.

Un hombre que escribe, que ama a su jardín, que se escapa con su esposa a vespertinas, carece del voraz apetito de gobierno y mando que sus detractores le señalan. Si Betancourt es perezoso por naturaleza —y en esto se parece a Juan Vicente Gómez— es una vida dominada por

la voluntad, capaz de doblegar sus más caras tendencias y afectos si sus ideas y su obra así lo exigen. Por él, se sentiría dichoso "haciendo el papanatas" como llama a la divina holganza. Disfruta del anonimato, lo explica quizás su larga residencia en Berna.

Quisiera ser un ciudadano corriente: deambular por las calles libremente sin que nadie lo importune con saludos o protestas. El precio del poder es la soledad de la multitud. Pero Betancourt, como murmuraba el técnico abstruso, tiene su manía y esta manía es que la democracia en Venezuela prosiga su camino. Es su obra. Una obra ciclópea, que en medio de las luces que la engalanan, exige inclemente atención para no caer en desvaríos. Betancourt, como todos los grandes estadistas, es un ser de mirada larga en pugna silenciada, con muchos de sus colaboradores atentos al fin o al beneficio inmediato.

Nadie me lo ha dicho, y mucho menos él, pero presiento que si el resultado de las próximas elecciones no llegase a beneficiar a su partido, Rómulo Betancourt antes de lamentarlo amargamente, como su ponen sus correligionarios y detractores, lo celebraría en su intimidad. Su lucha no ha sido para entronizar un partido. Su objetivo es la consolidación de la democracia en Venezuela. El triunfo de un adversario dentro del mismo sistema, antes de representar la derrota de sus ideales, los reafirmaría, pues la democracia como sistema político no es cuestión a corto plazo. Es obra de siglos. Y si el mayor peligro para ella es la transformación de un grupo político en partido dominante (según el eufemismo azteca), sólo la alternabilidad de grupos complementarios, en su antagonismo, es capaz de impedir que la democracia degenere en una dictadura de partido. Betancourt es un hombre que mira más allá del horizonte.

A estas alturas de la vida, con plena conciencia de su destino y papel en la historia, por más que considere que su partido es el instrumento más firme para consolidar la democracia, no es la victoria en los comicios su primer objetivo. Por eso no descansa. De ahí que por grande que sea su empeño por aislarse o de "hacer el papanatas" continúe ojo avizor, saltando vigilante para dar apoyo o para hacer de corrector cada vez que su obra lo requiera. Consciente de su ascendencia sobre la gente de su partido, y gran parte del país sabe que su participación en las cosas de Estado restaría autoridad al Jefe de Gobierno, lo que aunado a su

firme actitud de no ser caudillo, ya que la sumisión irracional a un hombre es la antítesis de la democracia, lo lleva a una difícil y compleja posición que buena parte de la gente no entiende: como es poner al servicio de la democracia la irracional o fundamentada admiración que engendra para que ella florezca en la impersonalidad de las instituciones, base y esencia de la democracia. Los presidentes de la República, Raúl Leoni y Carlos Andrés Pérez, han guardado por el fundador de Acción Democrática, profundo respeto y admiración, sin que este sentimiento se haya traducido en dependencia o tributación este líder que se niega a ser caudillo por doctrina y convencimiento. No sólo esto: ha sido el propio Betancourt quien los ha incitado a mantener su autonomía, aunque en oportunidades sus decisiones lo hayan hecho rabiar. "Cuando yo mando, lo hago desde Miraflores" dijo en el Metropolitano, a raíz de la presentación de Luis Piñerúa Ordaz como candidato presidencial de Acción Democrática. "No se crea —se infería tácitamente de su exposición— que mi candidato será persona interpuesta". No está en su estilo favorecer la sumisión. Aún más, lo considera pecado grave.

Docente de la democracia

Aparte de no tener la vocación de poder, que le atribuye la gente, Betancourt no sólo acepta las discrepancias, sino que parece disfrutar con ellas cuando son de buena ley. Hace poco le hice saber ante mis denuncias en Cancillería "que hacía uso de mi condición de independiente por grande que mi admiración por él y fuese mis simpatías hacia su partido". A diferencia de algunos jerarcas del régimen mi actitud y denuncia no se ha traducido por una alienación de su amistad y afecto.

Como político sagaz y buen conocedor de la historia, sabe que todo sistema político fundamentado alrededor de un hombre y de su prestigio se desmorona con su muerte. Por ello su actitud de que el acento fundamental del sistema recaiga sobre las instituciones y no sobre los hombres, siempre perecederos y efímeros.

Betancourt es enemigo jurado del culto a la personalidad y su vida un diario ejercicio destinado a desmitificar la magia del presidente. Del endiosa miento surge la idolatría. La democracia se fundamenta en la

razón y en la objetividad.

Un presidente de la República —también pareciera afirmarlo con su ejemplo— , es el que ejerce y encarna la Suprema Magistratura. Los honores que lo rodean son los que corresponden a la investidura. Jamás al hombre. Como presidente y dentro del marco señalado por la ley, nadie fue más celoso de su autoridad que Rómulo Betancourt. En el ejercicio de la Primera Magistratura deslindó con ostentación pedagógica, las atribuciones del magistrado y del simple ciudadano reacio a que su inmenso poder se proyectase en la esfera personal.

En 1945, a los pocos días de la Revolución, tuve que llevar a la Junta de Gobierno una acreencia de mi padre por motivos profesionales. Nunca me imaginé cuando el portero de Miraflores me dijo: "Espérate un momentico" que sería el propio Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno quien me recibiría cordialmente. En esa época Betancourt vivía en una modesta casa por La Florida y más de una vez se le vio con sorpresa deambular sin guardaespaldas

Dos años más tarde tuve ocasión de tener la vivencia personal de su sentido cívico docente: Se inauguraba el Centro Médico. Gente encumbrada rebosaba los salones. Yo estaba sentado en un diván con una bella chiquilla que era mi novia. La Venezuela de entonces, pastorial y cortesana, mantenía por los Presidentes una feudal actitud idolátrica. Su sólo tránsito por las calles daba qué hablar por una semana y nuestros padres y abuelos se ufanaban de la vez que hace diez años uno de ellos detuvo su paso para darles un saludo. La revolución en ese entonces iba. Betancourt pegaba duro y certero. Se le odiaba, se le temía, pero estaba ungido por la magia de los Presidentes. Aquella tarde en el Centro Médico, las conversaciones de pronto se suspendieron. Todos los ojos miraban sobre mi cabeza. Algunos rostros empalidecieron. Algunas personas se dieron vuelta y muchos dieron un paso atrás. Manos y caras me hacían incomprensibles gestos. Al volverme me encontré con estupor a Rómulo Betancourt con las manos apoyadas sobre el diván, viéndonos a la chica y a mí fijamente. La muchacha, sentía por Betancourt acendrado odio. Su gobierno había indultado al asesino de su padre.

- ¡Párate!, le susurré.

- Yo no me paro ante ese hombre.

Fue una escena penosa. Betancourt me seguía mirando. Intenté ponerme de pie. Su mano me detuvo.

- Hazle caso. Que eso está muy bien.

Soltó la carcajada y siguió de largo.

Él lo hizo

Antes de un año lo vi marchar hacia el exilio. Los hombres de mi generación no conocían las dictaduras. López y Medina en medio del primitivismo y de las limitaciones, representaron un paso hacia adelante en materia de dignidad. Por contraste la presencia de Betancourt en la dictadura alcanzó más vigencia. La inconformidad de los jóvenes se acrecentaba. Hay algo que vale mucho más que el orden y el bienestar material que nos ofrecía la dictadura; la libertad y el respeto por la justicia y la dignidad.

Muchos hombres nos enseñaron con su ejemplo y con su palabra, entre ellos Winston Churchill, que la democracia es el menos malo de todos los regímenes: Jóvito Villalba, Gustavo Machado, Rafael Caldera, Luis Beltrán Prieto, Gonzalo Barrios. Pero fue Rómulo Betancourt con todo el poder e influencia de un Jefe de Estado quien echó realmente las bases del sistema político que desde 1945 señala una nueva era en la vida de Venezuela. Sería innecesario enumerar sus logros en materia social, económica y legislativa. Abundan fuentes y autores. Sólo pudiera traer a colación que Betancourt fue el partero de la clase media.

Que otros en igualdad de condiciones hubiesen podido realizar otro tanto, es muy posible. Que en otras manos el proceso histórico cumplido tendría un saldo menos doloroso y cruento, probablemente. Que la pugnacidad de Betancourt y demás rasgos de su carácter autoritario perturbaron el feliz desarrollo de la democracia, no me atrevo a juzgar. Yo sólo sé que cojitranco o no, el sistema democrático, nació entre sus manos. En política lo que cuenta es lo que sucedió y no lo que ha podido suceder.

¿Inescrupuloso o certero?

Se acusa a Betancourt de entreguista ante el poderío yankee. El mismo me lo señaló hablando de literatura: En "El Emplazamiento" de Sartre se ve la tragedia de un poder socialista en un país petrolero, que luego de hablar toda su vida de la nacionalización de los hidrocarburos, se ve obligado a ceder ante las Compañías Petroleras, en espera de mejores oportunidades. Esperar es una forma de conspirar. Veinte años más tarde Carlos Andrés Pérez, un hombre de su partido realiza el sueño postergado.

El primer deber de un político con vocación de transformación es llegar al poder. Betancourt no vacilo en hacerlo al juntar esfuerzo con los militares que se decían democráticos para derrocar al Presidente Medina. ¿Fue ese su pecado original? En modo alguno. Betancourt fue fiel a sus principios. La Biblia dice en alguna parte, que el Señor ve con buenos ojos al puñal que se esgrime contra el tirano. Medina no era un tirano. Pero sí lo era el sistema político-social vigente. Por evolución no se pasa del sayonato a la libertad. Medio siglo de sistema político mexicano no se ha traducido en cambio o mutaciones favorables. Por vía electoral no se alcanza el poder en una sociedad donde existe un partido dominante, como eufemísticamente se habla del PRI mexicano. Venezuela era un sayonato nacido del contubernio de una casta militar bárbara y regionalista y una oligarquía provecta. De no haber insurgido militarmente contra Medina Angarita el 18 de octubre cabe preguntarse; ¿Hubiésemos alcanzado este sistema democrático que con todos sus vicios es modelo en América? Personalmente no lo creo. La eficacia y su vigencia es la única prueba de que una hipótesis política es valedera. Veinte años de democracia, treinta y siete de conquistas sociales, demuestran muy a las claras que Rómulo Betancourt desde que fundó su partido cuarenta años atrás hasta este mismo momento ha promovido cambios sustanciales y definitivos en la vida de Venezuela, procedentes de su inteligencia, cavilación y quehacer.

El factor personal en su génesis política

Para establecer un sistema democrático dentro del sayonato era necesario un partido y ese partido lo hizo con sus propias manos Rómulo Betancourt. Lo he visto actuar en muy diversas circunstancias asumiendo los roles más opuestos. En algunas oportunidades —y cuando lo cree conveniente— puede ser blando, jovial, guachamarón y cordial, mutándose en duro, severo, dominante y distante en cuestión de minutos. La pluralidad de actitudes no es vicio sino adecuación a los propósitos. Para hacer un partido hay que persuadir. Para lograr un cambio hay que indoctrinar. El líder, cuando comienza, no puede rechazar ofertas. Un partido policlasista en la Venezuela de hace cuarenta años era toda una gesta dentro de la heterogeneidad cultural que todavía nos abruma. Al hombre de clase media se convence con métodos y actitudes diferentes a las que tenía el campesino ignaro de hace algunas décadas. A la burguesía progresista que aportó sus caudales no se tienta a favor con un chiste criollo. Hay que dar otras razones, elevar la mirada y modular el lenguaje. Eso hizo Betancourt porque conocía la idiosincrasia del venezolano. El alma de un pueblo no se penetra, la vivencia es la que aporta datos ciertos.

Las limitaciones proselitistas de las izquierdas fueron sin duda la procedencia social de sus dirigentes: de la medida y de la alta burguesía, buena parte de ellos. "El yo en tu caso" base de la empatía y de la acción incitante no funciona en este caso por la disparidad de actitudes, que se proyectan hasta en el contenido de las palabras. El timbre de la voz y la conformación del gesto. Betancourt por lo contrario siempre tuvo presente y actuó en consecuencia estas diferencias determinadas por la clase, educación y origen. Su primera acción proselitista en la Venezuela rural de entonces, no fue sobre el campesino, como lo haría décadas más tarde directamente. Lo hizo sobre sus guías naturales; el pulpero, el pequeño comerciante, el médico, el cura y el transportista. Fueron los líderes municipales, contenidos en él, los que hicieron de intermediarios en un principio entre Betancourt y el campesinado. Y así como hoy persuade con su juicio de autoridad de que Piñerúa es el presidente que el país necesita, otro tanto hizo con su imagen aquellos hombres cuando recorría al país en camiones y en bestias para estructurar el partido con

que instrumentaría su acción de hacer de la democracia una realidad. En las décadas siguientes el campesinado ignaro lo fue menos y Betancourt aprendió las contraseñas para acercarse a él sin despertar resistencias. Hoy día, y desde hace más de treinta años, la comunicación entre Betancourt y el hombre del campo es total.

Con motivo de una de las escisiones de su partido se suscitó en un apartado pueblo de Oriente una discusión entre los integrantes de Acción Democrática sobre el rumbo a seguir. Un viejo conuquero puso fin a la querella al señalar que Acción Democrática estaba en el grupo que seguía a Betancourt. ¿Burdo? ¿Muestra de una fidelidad tribal? ¿Expresión del subdesarrollo cultural de nuestro pueblo que supedita el ideario al prestigio personal? Quizás. Pero es un hecho que ningún político puede olvidar ni Betancourt probablemente admitir.

El partido, su partido, la Acción Democrática que tiene su base de sustentación en una inmensa masa, sigue creyendo que la verdad y la conveniencia colectiva están con Rómulo Betancourt. Se puso en evidencia en las últimas elecciones, al arrebatarle al MEP casa por casa grandes contingentes.

La lealtad política, aún en hombres bien celebrados, es un fenómeno irracional y más en nuestro pueblo a mitad de camino entre lo que fue y lo que debería ser.

Las lealtades primeras del hombre común son feudales. Llevan el sello del compromiso. El "Estoy con usted con o sin razón", Betancourt firmó ese compromiso de fidelidad hace más de cuarenta años. El país cambia, madura, evoluciona. La sumisión política ya no es tan incondicional al hombre como a la idea. Betancourt no tiene vigencia dentro de los sectores universitarios y en buena parte los jóvenes de clase media. Ya su palabra difícilmente los persuade. No encaja. No llega. De sobrevivirse por varias décadas observaría, sin lugar a dudas, la mengua progresiva del caudal electoral. Pero por los momentos continúa su ascendiente sobre el por pueblo venezolano y es lo suficientemente significativo, como para suponer que a pesar de los arcaísmos de la maquinaria partidista y de los errores de sus colaboradores en función de gobierno, la Acción Democrática tallada por él continuará gobernando a Venezuela, y en el peor de los casos como segunda fuerza política. ¿Hasta cuándo? ¿Por

cuánto tiempo? Hasta que llegue la muerte del caudillo y rompa el vínculo feudal.

Al llegar ese día el partido blanco romperá su unidad desencadenando la más grande y genuina revolución. Nada de esto me ha dicho Betancourt tácita o implícitamente, ni yo se lo he preguntado. Lo intuyo simplemente. Pero él sabe que será así. Se siente satisfecho de que así lo sea. Es posible que labore y tome disposiciones para que sea favorable el gran momento. Betancourt hoy día es un santón de la democracia. Aunque todavía nos sorprende con sus arrebatos de caudillo cívico, ya se ha trocado y ha tomado forma física de Gran Lama, del viejo sabio e impenetrable que en medio de su humor chispeante, de su lúcida argumentación, de sus descarnados juicios, parece de pronto remontar el vuelo hacia lo eterno.

Su singularidad antropológica

Betancourt hizo ese partido y la revolución que conlleva por su talento de estadista y un carisma de líder determinado por una singular peculiaridad antropológica. El haber nacido en Guatire, encrucijada de campo abierto y de aldeas con pujo de ciudad, le dio la vivencia de la Venezuela que era y de la que habría de ser. La medianía económica de su padre español, libre y canario y el afecto profundo que siente hacia él, lo lleva a introyectar la conciencia de clase que le impide transmigrar hacia los estratos de la Alta Burguesía. "Yo he podido, al igual que muchos de mis compañeros de aquella época amasar fortunas, escalar posiciones y alternar con la gente de las altas esferas". Pero Betancourt estaba impedido de hacerlo. Tras de él y dentro de él estaba siempre presente la prohibición del padre, limitado por su propia historia. La madre de Betancourt. Doña Virginia Bello, era de "la gente conocida de Caracas". Su abuela María Josefa Tovar, prima del Libertador y de los Condes de Tovar. Mamá Pepepa, rompió sus prejuicios de casta al casarse con un mestizo oscuro. De esta unión nació su abuelo materno: un picapleitos tracalero, rubio y bien plantado, que hizo lo indecible por retornar al seno de la gran familia. Doña Virginia, sin embargo, prefirió al isleño orgulloso y rechazante, Betancourt detesta al abuelo. Sus ojos al evocarlo brillan indignados. ¿Afrentas al padre? No me lo dijo. pero es de

suponer. El futuro líder en la encrucijada mira al padre y se funde con él. "No soy rico de pueblo, soy clase media caraqueña". Esa clase que talla y margina la oligarquía.

En la Caracas de los 100.000 habitantes, "donde todos se conocen", la Universidad entonces tiene apenas extensión de liceo. Y si antes vivió y plasmó la vida de los negritos de Guatire pescando bagres en Pacairigua, en la Caracas de los años 20 se adentra por proximidad en los sectores de la oligarquía. No para diluirse en ella, sino para afirmar su conciencia de clase media.

La personalidad básica del venezolano, por razones de su evolución social, a diferencia de otros países latinoamericanos es amplia. En lo fundamental el venezolano de los tres estamentos reacciona en forma parecida. Betancourt por su ubicación biográfica, no sólo la conoce en su totalidad, sino que la penetra con hondura y holgura en sus variantes, lo que explica su mimetismo y habilidad para acercar se persuasivo a todos los sectores, pues Betancourt, además de conspirador ha sido campesino, obrero, hijo de familia y hombre de poder. Su genio estriba en el uso de la palabra precisa y hasta del giro y del tono que se debe emplear en cada caso. Conoce y mide con exactitud la dosis de razón, campechanía irreverencia con que debe salpicar sus discursos, encendiendo de emoción al hombre llano que lo escucha, sin alienarse el respeto de sectores más exigentes. Betancourt siente, piensa y habla en venezolano. Conjura con su lógica, dichos y acentos las diferencias de clase, casta y procedencia. He allí la razón de su carisma. Expresa y conduce con acierto el sentir y la necesidad del país, porque todo el país está contenido en él.

JUAN VICENTE GONZALEZ

(*) Publicado en 1981 en la serie: “25 clásicos venezolanos” obra patrocinada por Maraven, bajo la dirección de Guillermo Morón

I

En nuestras antologías literarias, Juan Vicente González tiene un lugar relevante; pero más por su imagen de hombre pintoresco que por el legado de su obra. Feo, de una obesidad orgiástica; célebre por sus diatribas, desplantes y punzantes sarcasmos, sobrenadando en un trasfondo de amarga impertinencia, que se proyecta en su prosa brillante y suelta de periodista, recargada de epítetos, calumnias y acusaciones. Es el apologista inicial y seguido opositor de todos los gobiernos; el eterno perseguido perseguidor: el libelista que no teme insultar a Páez, erigido en dictador, y que no acusa el menor sonrojo por la apología, más que adulona, abyecta que hace del Mariscal Falcón, de quien denostaba, con crueles adjetivos, poco antes del triunfo de su causa.

Cuando se habla de Juan Vicente González, se recuerda poco de la biografía de José Félix Ribas, de espléndido inicio y caótico desarrollo, y muchos más del jefe político del Cantón de Caracas husmeando como un sabueso el escondite de su sempiterno e implacable enemigo Antonio Leocadio Guzmán. Más que en sus célebres Catilinarias, que al parecer no le pertenecen, pensamos en el retaco y panzón tragalibros que hace las delicias de aquella Caracas, decimonónica, chismosa y provinciana, con sus respuestas ágiles, y en absoluto sutiles, y su pirotecnia insultante de tribuno.

Salvo el destino aciago, de un hombre nacido para perder desde el momento mismo en que viene al mundo, hasta una muerte precoz, precedida de una cruel exacerbación de su pobreza cotidiana, no hay un solo momento en sus treinta años de vida pública en que pueda ufanarse de algún momento estelar, más o menos duradero; como no lo es tampoco su obra, ni como poeta, ni como novelista. Ni siquiera como gramático o historiador —donde dio lo mejor de sí— tiene la trascendencia de un Andrés Bello o de un Rafael María Baralt. Sólo brilla con luz incandescente, y fugaz, desde las páginas de El Liberal o El Venezolano o desde la tribuna política; donde su pluma y su voz, para su desgracia atiplada, cubre de improperios más o menos acertados, más o menos justos a aquella casta de políticos venales, y los cuales no logra ser ni excepción ni ejemplo, como sí fue el caso de Fermín Toro. Antes

de rechazar con responsable altivez —como hizo aquel — la propuesta conciliatoria de Monagas de convocar a los congresantes "para que no se rompa el hilo constitucional" que el dictador inicuamente ha desgarrado, Juan Vicente González retorna su miso y complaciente "y como escribe bien", lo hacen secretario del Parlamento.

Juan Vicente González, al igual que la inmensa mayoría de nuestros intelectuales, claudica una y varias veces, ante el reclamo; no ante la amenaza del déspota de turno. El labrarse una posición, el alcanzar respeto y fortuna lo lleva a aceptar lo primero que se le ofrezca haciendo suya la conducta que achaca a Guzmán, su paradigma de oportunismo y abyección política. González a diferencia de Antonio Leocadio, quien muere rico y cubierto de honores, luego de transitar airoso a través de increíbles desvergüenzas, nunca remonta vuelo. Pronto se enajena la buena pro del cómplice triunfador, de quien termina denostando luego de haberlo ensalza do. Esto le sucede con Páez, a quien vocea con amargo despecho: "Miserable, has borrado con tu conducta la leyenda que te forjó mi cariño". Igual le sucede con Antonio Leocadio Guzmán, su socio y amigo en la tarea de incendiar al país desde el diario que comparten. Mientras Guzmán amparado por un demoníaco carisma, proyecta hacia la cumbre su elegante figura del aristócrata críptico que siempre fue, entre los aplausos plebeyos de la muchedumbre a quien halaga y desprecia, González por su genio atrabiliario, por su ausencia de ponderación y flexibilidad, por sus peligrosos estallidos temperamentales, es preterido por Guzmán, quizás, por ser pesado lastre a sus ambiciones. Por eso lo odia, lo odia con el furor ambivalente del despecho, del que no ha dejado de amar —como paladina mente lo confiesa—. Mientras Guzmán triunfa en el exterior, él se queda en su Caracas sórdida y devastada, de la que nunca salió, con sus trajes raídos y sucios, con su erudición que a nadie interesa y con aquella profunda melancolía que oculta tras su facha pintoresca y su parla erizada de sarcasmos, que hacía reír a los embotados parroquianos de aquel célebre bar donde apagaba, entre grandes vasos de tamarindo, aquella maligna e insaciable sed. A los cincuenta y seis años, murió Juan Vicente González, avejentado, colindante con la miseria, vencido y olvidado. Su familia cayó en tal estado de indigencia que sus restos en el cementerio de Los Hijos de Dios, cuando prescribió el plazo que permitía a los muertos descansar en tumba propia, fueron echados

al osario común.

En póstumo desagravio a este venezolano, ilustre sin ninguna duda, víctima de su propio carácter y de su talento para los que y de un medio torvo e inclemente verbalizan los desafueros de otros, se intenta presentarlo como un gran escritor, aunque sus estudiosos centran preferentemente su atención sobre sus peripecias, más que sobre el sentido de su obra, a pesar de sus destellos, de su extensión y de la fuerza vital de un estilo que nunca terminó de cuajar en lo que pudiésemos llamar un gran escritor.

¿A qué se debe este fenómeno? ¿Por qué nos empeñamos en incluirlo en nuestras antologías literarias, cuando nunca trascendió ni su espacio ni su tiempo?

El caso de Juan Vicente González no es excepcional dentro de nuestros creadores. De escudriñárseles con rigurosa objetividad, serían muy pocos los que aprobarían la exigencia: de perennidad universal, la prueba definitiva que consagra a una obra y a su autor. ¿Cuántos artistas y escritores venezolanos del pasado siglo tienen universalidad? Salvo Bello, ninguno. ¿Cuántos de ellos tienen perennidad? Ninguno. ¿Es que acaso la posición de Venezuela en su primera centuria republicana no era favorable para la proyección de sus valores? Es una explicación redondamente insatisfactoria. Diversos países hispanoamericanos, de menor estatura que Venezuela, generaron escritores y artistas que resistieron la prueba del tiempo y de la extensión geográfica.

El genio es un producto de extrañas conjunciones que irrumpe en el mundo de los valores con relativa independencia de los contenidos por su medio ambiente. Como lo demuestran diariamente Bolívar y Bello. Es obvio que la Patria naciente necesite hacer valores donde en sentido estricto no existen. Tal es el caso de Juan Vicente González y de la casi totalidad de nuestros escritores y artistas del siglo XIX. Fueron, sin dudas, venezolanos excepcionales. Fueron hombres que con su hacer y quehacer se hicieron acreedores de nuestra gratitud y a quienes el país debe honra creciente. Pero no por creadores de obra imperecedera; ni por haber sido cívicamente ejemplares. Rara vez lo fueron. Son admirables por haber sido elocuentes portavoces y víctimas de nuestra dramática realidad sociopolítica. Juan Vicente González fue uno de esos grandes venezolanos la que llevó sobre sus hombros el peso enorme de patria niña

y desgarrada. Más que autor de grandes obras es protagonista de ellas. Más que una reflexión sobre las características de su legado necesitamos una interpretación de su vida. Más que fervor provoca curiosidad y una terrible compasión.

II

Juan Vicente González nació en Caracas el 29 de mayo de 1810 y murió en la misma ciudad el 1° de octubre de 1866. Nació y creció dentro de circunstancias misteriosas y singulares. Hizo sus primeros estudios con el P. José Alberto Espinoza, mostrando en esos tiempos una decidida vocación por el sacerdocio, que se desvanece al ingresar a la Universidad Central, donde estudia humanidades con el P. José Cecilio Ávila. A los dieciocho años se recibe de bachiller, y al cumplir los veinte años, en 1830, lleva el título de Licenciado.

Desde su primera mocedad comienza a escribir en los periódicos locales, caracterizándose, desde entonces, por lo que habrá de hacerlo notable víctima propicia de los "ídolos del teatro y de la tribu"; su prosa clara, vehemente y agresiva, recargada de imputaciones y de sarcasmos. La política lo tienta con pasión concupiscente. Se mueve, asocia, organiza y planifica con una agilidad que contradice la proverbial apacibilidad de los gordos. Funda "La Sociedad Amigos del País", club político de tinte jacobino.

En 1840 se asocia con Antonio Leocadio Guzmán para fundar el Partido Liberal, vinculándose en una profunda y emotiva amistad, al que será luego su terrible enemigo. En esa misma fecha es columnista asiduo de El Venezolano, el diario de Guzmán donde se repite en forma reiterativa la necesidad de un cambio de nombres en la conducción del país. Entre 1845 y 1846 rompe su relación con Guzmán; y lo persigue como escritor y como político, buscándolo pugnazmente para entregarlo a quienes lo han condenado a muerte. En esos años es elegido diputado. Es quizás la voz más enérgica que se levanta contra José Tadeo Monagas, antes del fusilamiento del Congreso, luego se transforma en dócil y apacible amanuense.

Con el triunfo definitivo de Monagas y la implantación de su

hegemonía familiar por diez largos años, González pasa los tiempos más amargos de su vida. A pesar de su claudicación, Antonio Leocadio es reclamado por Monagas, y es el hombre fuerte del régimen. González inicialmente es desplazado, para luego ser víctima de las mismas vejaciones, persecuciones y encarcelamientos que promoviese años atrás contra su antiguo socio. En esta década se dedica a dar clases de gramática e historia, para mantener a su mujer y a sus pequeños hijos.

En 1848 funda su célebre colegio "El Salvador del Mundo". Julio Calcaño y Eduardo Blanco figuran entre sus alumnos. En esa década produce sus mejores obras: La Biografía de José Félix Ribas y la Historia de Colombia y Venezuela.

En 1858 una inexplicable alianza de liberales y conservadores derroca a Monagas. Una luz esperanzadora se enciende en su mente. Subyugado por su política amañada que lo enloquece, abandona su plácido retiro en un intento vano de apuntarse un logro en la nueva revolución triunfante. Al igual que siempre, y a pesar del tono apologético que desgrana, es desdeñado. El amargor de sus diez años de execración aflora estrepitoso y Julián Castro, su héroe de meses atrás, es víctima de las andanadas de injurias que descarga desde El Faro. Una vez más su rolliza figura va a parar a la lóbrega Rotunda. La destitución de Julián Castro, por las mismas fuerzas que lo encumbraron, no se traducen en beneficio para el ambicioso periodista. Frustrado una vez más en su manía de figuración se repliega a El Heraldo, donde alcanza fama de hombre temido y temible. En 1861, en plena Guerra Federal, a pesar de su animadversión a los federalistas y a su caudillo el Mariscal Falcón, va a parar a la Rotunda por burlarse cruelmente de José Antonio Páez, erigido en dictador.

Triunfante Falcón, no vacila en 1864, a pesar de todos sus denuestos contra el caudillo, en desbordar desde el diario El Nacional todo el fárrago de lisonjas y adulaciones de que es capaz su naturaleza vehemente y atormentada.

Sus veleidades políticas le roban el prestigio que por su valor y sinceridad, en algunas ocasiones había acumulado. Amigos y admiradores lo abandonan. Sus enemigos de ayer, ante quienes se prosterna, simplemente lo ignoran. Su obesa humanidad antes altiva y pujante, se encorva ante el peso de los años y de la derrota. Ya no

se detiene en el célebre botiquín de Mercaderes a lanzar sus venablos chispeantes mientras trasega grandes vasos de tamarindo. Ahora sigue de largo, melancólico y huidizo. El desaliño de su persona llega a extremos. En los bolsillos mugrientos de sus faldones guarda pedazos de arepa con chicharrón.

Poco antes de su muerte es víctima de uno de los más crueles ataques, hecho a hombre público en la prensa venezolana. Se le echa en cara su locura, su cobardía, su inconsecuencia, su aspecto repulsivo. La ciudad comenta con regocijo el lodo que mancilla al otrora implacable censor.

Con esfuerzo escribe su defensa. Uno de los diarios en el que ha sido viejo colaborador, se niega a publicarlo a menos que pague el remitido. No tiene medios con qué hacerlo. En otros diarios recibe la misma respuesta. Su amor propio crepita de dolor ante el insulto y la burla socarrona de la gente. Hace un último intento por hacer imprimir su respuesta: en un rapto de audacia lo lleva al diario de donde surgió la injuria. El director lee el artículo, sonríe y acepta publicarlo gratis. Es una defensa floja, carece de aquel brillo propio de su estilo emaciado por la depresión. Es pobre, deshilvanado, farragoso y farfullante. El mayor daño que se le puede hacer a Juan Vicente González es publicar aquella defensa escrita en algún mal momento. Desde aquel día comenzó a caminar hacia el final. Murió el 1° de octubre de 1866, a los cincuenta y seis años de edad.

BIBLIOGRAFIA

I. Del Autor:

Biografía del General José Félix Ribas. Caracas, Tip. De la Empresa Guttenberg, 18---?: 160 p.

Juan Vicente González, La Doctrina Conservadora. Cara cas, Edics. De la Presidencia de la República, 1961: 2 Vols. Tomo 2 y 3.

Juan Vicente González. Caracas, Academia de la Lengua, (Colección Clásicos Venezolanos, 2), 1962: XXXV. 310 p. (Prólogo de Pedro Grases).

Mesenianas. Caracas, Edit. Sur América, 1932; 224 p. (Compiladas por Manuel Segundo Sánchez y Luis Correa. Prólogo de Luis Correa).

Reflexiones sobre la Ley del 10 de Abril de 1834 y otras obras de Fermín Toro. Contiene la Meseniana dedicada a Fermín Toro), Caracas, Ministerio de Educación, 1941.

Presencia de Juan Vicente González (Selección, prólogo y notas de Virgilio Tosta). Caracas, Tip: Garrido, 1954; 147 P

Selección Histórica (de Juan Vicente González, Caracas. Monte Ávila Editores, C.A., 1979: (Colec. El Dorado).

Tres biografías (Prólogo de Víctor José Cedillo). Caracas. Edit Cecilio Acosta, 1941: 247 p. (Contiene la biografía de Martin Tovar, de José Manuel Alegría y de José Cecilio Avila)

II. Sobre el Autor:

Cuenca, Héctor: Juan Vicente González, Caracas, Edics, de la Fundación Eugenio Mendoza, 1933: (Colec. Biografías Escolares)

Gómez, Argenis José: Juan Vicente González y los Clásicos. Caracas, Publics. De la Universidad Central, 1980.

Mieres, Antonio: La historia de Juan Vicente González en sus fuentes. Caracas, Edics de la Universidad Central de Venezuela, 1977.

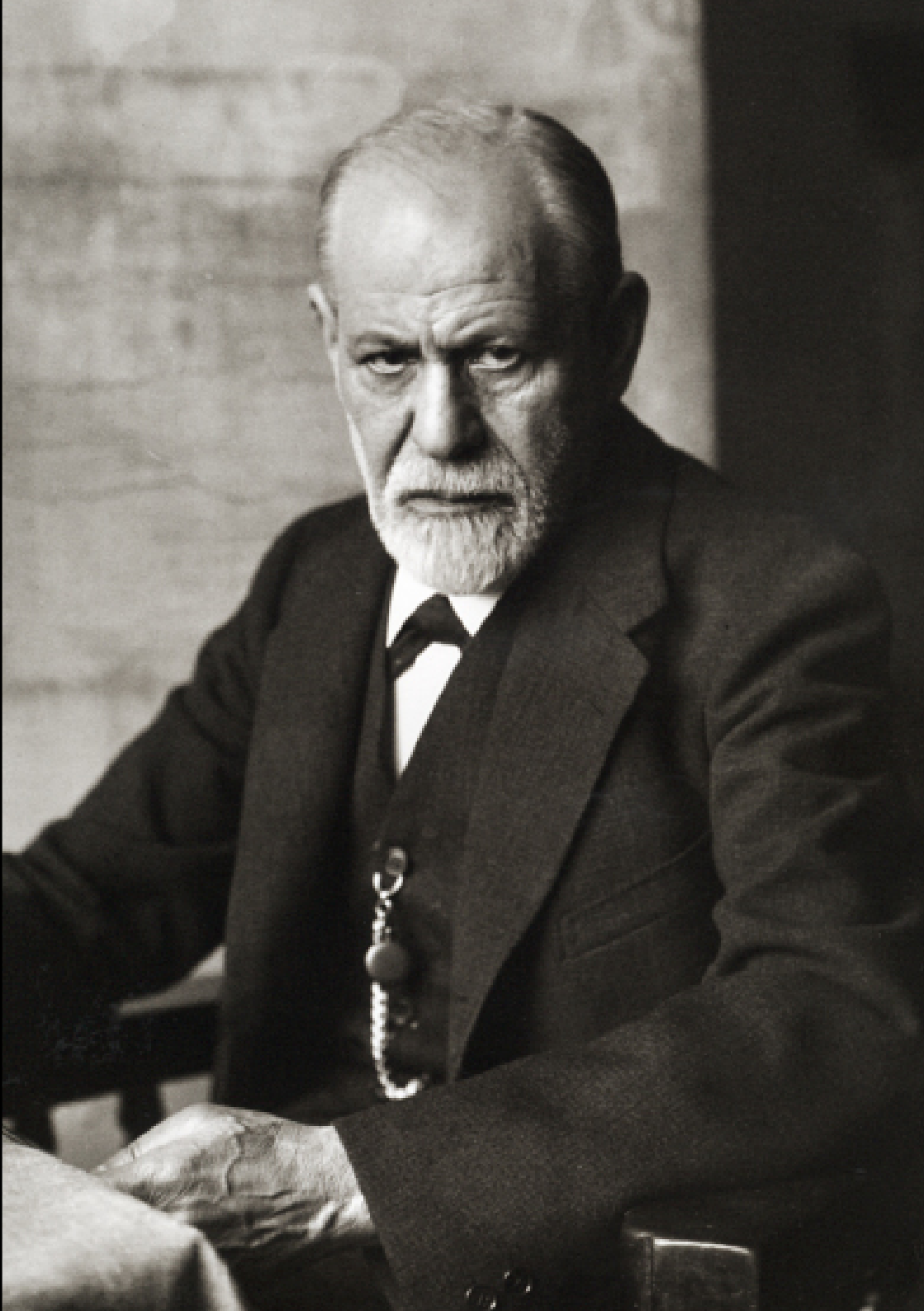
Núñez, Enrique Bernardo: "Juan Vicente González". En Escritores Venezolanos. Mérida, Publics. De la Universidad de Los Andes, 1974.

Uslar Pietri, Arturo: "Juan Vicente González, el atormentado". En: Letras y Hombres de Venezuela, Madrid Caracas, Ediciones Edime, 1974.

I. Introducción

SIGMUND FREUD

(*) Conferencia pronunciada en el Instituto Cultural Humboldt el 26 de abril de 1973 y publicado en la revista de dicho centro bajo rubro de: Raigambre y proyección de Sigmund Freud.



La mayor parte de los hombres reflejan en su carácter los impactos de su cultura y peculiar circunstancia. Si es tiempo de reír, ellos ríen, si es tiempo de protesta, sacuden los puños retaliativos de la misma forma que pueden acudir santurrones a ver quemar a los herejes. Son mudos efectores de su ambiente, que nacen y mueren cuando deben hacerlo, y entre tanto viven una existencia sin aristas o degradada. Hay hombres, por lo contrario, que vienen a sacudir al mundo de su ruin suceder predecible.

Cuando este sacudimiento se traduce en cambios definitivos y favorables para la humanidad, se dice que el apóstata es un genio. Este fue el caso de Sigmund Freud, de quien dijese agudamente Stefan Zweig: "Antes de él el mundo era realmente diferente"

Sigmund Freud, como todos los hombres, es consecuencia de su herencia, destino y voluntad de escribir su propia historia lo mejor posible. La herencia es la materia prima donde se apoya el genio que nace y no se hace. La superdotación intelectual de Freud, lo mismo que su extraña sensibilidad hacia lo psicológico es obra de su constelación genética.

Sobre ese legado biológico actuaron la educación, la tradición, los sucesos biográficos. El segundo factor al que llamamos destino.

II. La Viena de fin de siglo. Factores culturales y políticos del Imperio Austrohúngaro

Freud nació en la aldea de Freiberg en Moravia, el 6 de mayo de 1856. En ese entonces Viena era el centro vital de Europa y la capital de un mosaico de mundos yuxtapuestos que jamás renunciaron a su independencia, pero que gracias al sistema policial impuesto por Metternich y por el viejo emperador Francisco José, borraba del mundo externo toda sensación de malestar, protesta o disconformidad.

Era un mundo estable donde todo estaba previsto, sin sobresaltos ni contratiempos. "El que poseía una fortuna —escribe Zweig— podía estimar exactamente qué interés ganaría anualmente y el funcionario o el oficial podía calcular el año que ascendería o el de su jubilación".

"Cada familia tenía presupuesto fijo y sabía cuánto había de gastar en y verano o en gastos de representación". Era esta inmensa sensación de seguridad la característica de la media burguesía donde habría de nacer Sigmund Freud. Seguridad fundamentada en un sistema político y en un catolicismo a ultranza que nada sabia de dudas pues temía a la cavilación. Disimulo, doblez, horror al escándalo, temor a la palabra y a la misma fantasía es la clave del mundo social que cobijó a Freud en sus primeros años, lo que contrapuesto al régimen de inmoralidad, corrupción administrativa y decadencia real del imperio, creaba un tremendo medio de contraste para una naturaleza como la de Freud, que amaba la verdad con obsesión dolorosa. Todo el sistema freudiano refleja esta situación. De un lado la lujuria de su época en contraposición con el disimulo hipócrita de la burguesía vienesa que, como la del resto de Europa, gemía bajo la tiranía formal de la llamada moral victoriana.

Pero Freud, además de austriaco, checo, y germánico, era judío, judío austriaco, lo que tiene una significación muy particular.

Más del 10 por ciento de la población de Austria era judía, y judíos, eran buena parte de las "fuerzas vivas" del imperio, aunque el antisemitismo fuese profundo y agresivo, lo que no habría de ser indiferente a nuestro biografiado, pues si bien se sentía profundamente germánico, cada vez que se afirmaba en esta creencia se le rechazaba con desdén hasta con violencia. Este sentirse germánico y anti germánico es típico de Freud, que nutrió y su pensamiento en los vertederos profundos de Hegel, Fichte, Schopenhauer y Nietzsche, como se palpa a todo lo largo de su obra.

Freud sintió, y con razón, una profunda identificación con Goethe, el otro coloso del pensamiento alemán, pues, como aquél, sintió y padeció esa extraña y dolorosa simbiosis que envuelve al genio cuando tiene un pie en las ciencias de la naturaleza y otro en la literatura. Freud, como Goethe, lo mismo se enfrascaba en las propiedades anestésicas de la cocaína, que hacía bellas lucubraciones literarias sobre Moisés o Leonardo da Vinci. El demonio socrático de la inspiración freudiana era cientificista y humanista, como con contadas excepciones lo ha permitido el conocimiento, pues donde termina la ciencia comienza el arte. Si hay algún rasgo característico de la genialidad freudiana, es este de la doble

participación que se proyecta en sus obras donde, además de percibirse al hombre de ciencia que observa con método y verifica sus ocurrencias, escribe con galanura, con rasgos de recio y grande escritor, donde además de exponer sus ideas con claridad y brillantez, tiene el extraño don del novelista de motivar la lectura de su prosa con la voracidad e interés del que recorre un libro de aventuras.

Freud, hasta que los nazis entraron a Viena, se sintió indistintamente germánico y judío. De un lado se sentía orgulloso y claramente identificado con el pensamiento alemán; del otro se erguía rebelde contra el cristiano dominador que lo humillaba y aunque jamás fue creyente, había momentos en que huía y se sumergía, con dolorosos gemidos, en el mundo de sus padres. Esta ambivalencia habría de proyectarse en su obra. De no haber sobrevenido el nazismo, Freud, agnóstico por formación y por temperamento, se habría olvidado de la fe de sus padres y su obra estaría libre de esa sombra afectiva que le resta objetividad: pero la persecución de su raza y de su gente lo llevó a robustecer la problemática judía de su tesis restándole universalidad en un sentido, aunque dándole marcada precisión en otro. El psicoanálisis es un método y una temática típicamente judía, no siendo casualidad que buena parte de los psicoanalistas tengan tal origen étnico, ni que sean los judíos los grupos humanos donde el método descubierto por Freud muestre mayor eficacia.

En la temática psicoanalista está presente, no sólo el determinismo positivista de fin de siglo, sino el fatalismo judío, lo mismo que el rígido ascetismo de su cultura tan en contraposición con los aires burlescos de la Viena Imperial. Freud habla de una hipertrofia de la familia, de un padre severo y autoritario, que si calca fielmente la problemática del ser judío, yerra al generalizar tal problemática a toda la humanidad.

El pesimismo judío sobre el hombre y su destino, fuente de su resignación heroica, se proyecta en la obra de Freud, quien, robustecido por la influencia de Nietzsche y Schonpenhauer, nos da una imagen taciturna y desesperanzadora de un mundo que nada bueno nos depara en el futuro.

III. Factores biográficos

Pero hablemos un poco del hombre, ya no como vocero de su cultura y de su tiempo, sino como producto de un destino individual.

Freud, como dijimos, nació en Freiberg, el sitio que lo vio vagar, una bella aldea rodeada de bosques olorosos, a unas ciento cincuenta millas de Viena. Era hijo primogénito de una mujer muy joven y de un hombre de edad madura, casado en segundas nupcias, y que era abuelo cuando Freud vino al mundo. Era una madre joven y hermosa que lo amó con locura y que condiciona su éxito, porque como él mismo explicó: "Cuando un hombre ha sido favorito indiscutible de su madre, conserva toda la vida la sensación de conquistador, la confianza en el triunfo que a menudo provoca su éxito real". Era alegre, vivaracha, hiperactiva y mágica. Sigmund, como Goethe, había nacido con un mechón de vello negro en la cabeza que le hizo decir a la comadrona que había dado a luz un gran hombre. Amalia, la madre de Freud, creyó a pie juntillas en esa profecía sobre el hombre que habría de destruir todo el mundo irracional.

Jacobo, el padre, poseía una pequeña fábrica de tejidos que a diario arrojaba dificultades crecientes. Era un hombre inteligente y justo que amaba entrañablemente a su familia, ante la cual se mostraba celoso de la autoridad que en el mundo exterior no había logrado imponer. Freud amaba a su padre, pero le temía, lo que no habría de ser indiferente en su obra. Sus primeros años pasaron en la fresca aldea, con su campanario del mercado y su aire limpio que bordeaba montañas azules. Pero un día quiebra del padre, a quien veía como un gigante, lo llevó a Viena, a un barrio miserable donde no estaba el saltarín torrente de su aldea, sino el terroso y majestuoso Danubio que, como escribió un viajero, era para los vieneses un modelo de vida deslizando se con dignidad y gracia a través del ininteligible camino de la existencia. ¿Qué impresión le causó al joven Freud el cambio de ambiente? El mismo lo diría cuando recordaba con nostalgia las largas caminatas que emprendía con su padre por los alrededores de Freiberg.

Freud deploró con amargura el cambio de la aldea por el suburbio. Con el tiempo, Jacobo y Amalia tuvieron seis hijos más: un varón y cinco niñas, Vivían en una casa pequeña de tres habitaciones, donde la entusiasta madre, entre cartones y cortinas, logró hacer un cobertizo

para que su primogénito mantuviese su individualidad física. En ese cobertizo hubo de permanecer hasta que ingresó como interno en el Hospital Municipal.

Era un estudiante diligente y aprovechado a quien su padre, gran lector y autodidacta, preparaba a diario. La preferencia de Amalia Freud por Sigmund era frontal y primaria. Nada le importaba mortificar al resto de la familia con tal de que su hijo predilecto se saliese con la suya. Cuando las prácticas musicales de su hermana Ana, que tenía gran talento para la música, perturbaron su silencio, Freud obligó a su madre a que se deshiciera del piano de su hermana y también de una oportunidad.

Esta exigencia de quietud para su trabajo lo dominó toda su vida. No soportaba el ruido y en los momentos de máxima limitación económica hizo lo indecible por asegurarse ese silencio. Desde niño leía constantemente. Ni siquiera comía en la mesa familiar, ya que lo hacía en su estudio, intercambiando sus lecturas con pequeños bocados. Su madre lo apoyaba en lo que pudiera considerarse extravagante conducta. Desde los tiempos del gimnasio se erigió en jefe de grupo. A su buhardilla acudían todas las tardes pequeñas pedantes que se abstraían en bizarras discusiones sobre los temarios que Sigmund, autoritario, les iba señalando. Fue el primero de su curso y comenzó a amar y a odiar a Viena, porque ya desde los tiempos del liceo comenzó a sentir en carne propia los mordiscos del antisemitismo.

IV. El ser judío en Freud

Eran los tiempos de la guerra entre Austria y Prusia. Eran momentos de exaltación nacionalista, donde las diferencias entre judíos y católicos desaparecían, para sentirse todos miembros de un gran Imperio. Eran tiempos de batir banderitas y entonar himnos patrios y de sonreírle al compañero que momentos antes le había echado en cara su ancestro semita. Pero Austria, como su padre Jacobo, fue derrotada. El coloso se vino al suelo. El orgullo nacional se vio lastimado y la resignación del niño maltratado ya no tuvo cabida. Desde entonces data su convicción de que el derecho se apoya en la fuerza. Solía citar las frías y crueles frases de Maquiavelo, cuando justificaba en el poder real el derecho a

reinar. Decía el florentino: "Sólo triunfan los profetas armados, recordad a Mahoma".

El héroe de su juventud fue el cartaginés Aníbal, “Mis compañeros —afirmaba Freud— se ponían siempre de parte de los romanos; yo, por el contrario, me identificaba con Cartago y con Aníbal, el semita que humilló a Roma". Viena era la Roma de la belle époque. Freud era un marginado del imperio, un ciudadano de segunda clase que aspiraba secretamente a alcanzar el privilegio o hacer tábula rasa. Freud, a pesar de su convicción del derecho del más fuerte, a cuya problemática reduce buena parte de su doctrina, se interesa por la democracia americana, aunque detesta a su pueblo. Así es Freud, un hombre lleno de creencias antitéticas que aspira a suprimir en su doctrina la contradicción del mundo.

Freud ama y desprecia al padre, al bueno y realista Jacobo que, bonachón y agudo, se mofa un poco del temperamento ardoroso de su hijo obsesionado por la necesidad de triunfar. Un día le cuenta —con el fin de apaciguarlo en su resentimiento contra el cristiano desdeñoso— que siendo niño fue atropellado en la calle por un vecino, quien de un manotón le tiró el gorro de piel al suelo a tiempo

que lo insultaba. “¿Y usted qué hizo?" —preguntó el joven Freud hecho ascuas. — "Pues me agaché a recogerlo y me lo coloqué de nuevo" —respondió con claridad el viejo.

Esta anécdota atormentó a Freud. Él hubiese querido que su progenitor hubiese sido como Amílcar Barca, que hace jurar a Aníbal y a sus otros hijos, odio eterno a los romanos. Pero Jacobo era demasiado maduro, demasiado quieto y realista, que solía aceptar la vida como ella viniese, sin preocuparle mayormente el juego de los símbolos ni la vanidad humana; lo que hacía contraste con la ambición de la madre, que lo impulsaba continuamente a triunfar. Si alguna interpretación cabe de la vida y motivación de Freud, es la que formula su discípulo Alfred Adler, cuando asienta que la ambición de poder y la vida luminosa de un hombre tiene su asiento, la inmensa mayoría de las veces, en los sentimientos de inferioridad. De ser ciudadano de segunda clase, aspiró a serlo de primera, y cuando ya había perdido la vanidad de serlo, como suele pasar en la vida en los largos caminos de amargura,

decidió —inconscientemente, desde luego— destruir el sistema. Freud niega, directa o indirectamente, en su doctrina, la virtud, los valores, la religión. Todo ello es consecuencia de la sublimación, de la negación por contrarios, de instintos y apetitos tortuosos. Háyalo o no querido, lo cierto fue que Sigmund Freud nos fue llevando de la mano sin altibajos ni aspavientos, y un momento determinado pusimos en duda y negamos el mundo en que nacieron nuestros padres. De acuerdo a Adler, Freud, en su obra, dio rienda suelta a sus sentimientos de inferioridad. Quizás por eso, el mismo Freud negó con rictus y odio tanto al discípulo como a su doctrina. El mismo lo había dicho: "mientras más enérgico sea el rechazo de una interpretación es más probable que sea cierto".

Pero el conflicto que más trasluce en la vida de Freud es su complejo con la imagen del padre. Ese bueno y realista Jacobo Freud que fracasó sin amargura y nunca tomó en serio ni la necesidad de triunfo y admiración del hijo ni los problemas que él planteaba en relación a esa doble nacionalidad judío-germánica. De un lado lo amaba por la bondad y ternura de Jacobo, con su sonrisa a flor de piel, respondiéndole a todas sus preguntas, mientras lo llevaba de la mano por el Prater comiendo golosinas. Pero por la otra estaba la conciencia mesiánica de su destino sembrada por la ambiciosa Amalia y por su propia conciencia de superioridad que lo llevaba a intervenir.

Sigmund Freud fue siempre líder de sus compañeros, a pesar del antisemitismo reinante entre ellos, lo que robustecía su resentimiento y su necesidad de imponerse al comprobar que era utilizado. Por eso no podía soportar el estilo vital del padre, con quien se indigna porque no lucha contra el medio que lo rechaza sino que pretende adherirse a él y pasar desapercibido.

Pero la introyección de Jacobo Freud fue decisiva en el alma de Freud; en el fondo de su inconsciente estuvo siempre presente y hacía su aparición en sus momentos difíciles donde la fantasía desbordante puede perturbar severamente el juicio de la realidad. Así, cuando en 1910 convoca a su segundo congreso de psicoanalistas en Nuremberg, y les propone a sus cofrades, judíos en su mayoría, que el Presidente de la Asociación sea el ario Karl Jung, apoya su protesta en estas frases: "La mayoría de vosotros sois judíos y, por lo tanto, no podéis ganar aliados

para nuestra doctrina. Los judíos deben contentarse con el modesto papel de preparar el camino. Me estoy poniendo viejo y estoy cansado de ser continuamente atacado. Estamos todos en peligro. Los suizos nos salvarán a mí y a todos vosotros". Quien hablaba en ese momento no era el ardoroso Sigmund de otros tiempos, sino Jacobo Freud, el padre, muerto hacía catorce años. El mismo lo explica en su teoría al concebir el carácter como una reacción constante del hombre contra el progenitor. Cuando muere el padre, el acontecimiento más importante en la vida de un ser, ya se deja de ser niño para ser padre. A la muerte de Jacobo Freud sufrió una depresión severa para entrar al poco tiempo en su período de máxima productividad, que fue entre 1896 y 1898. Tenía Freud un poco más de cuarenta años y era un modesto médico con un grupo de discípulos incondicionales que lo seguían

A semejanza del padre, que amaba la dialéctica, Freud dejaba que los discípulos discutiesen entre sí y adujesen pruebas y argumentos, mientras él, a la cabecera de la larga mesa y rodeado de una densa nube de humo de tabaco, los contemplaba hierático reservándose la última palabra en la discusión. No admitía dudas ni críticas a su doctrina. Era intolerante y rígido y hasta cruel con los que se apartaran de sus enseñanzas. Con Wilhelm Stekel fue duro al arrojarlo del seno de la organización psicoanalista por sus ideas. Como escribió uno de sus biógrafos: "Hablaba en estas reuniones con la imaginación de un artista, la erudición de un sabio y el fervor de un piadoso creyente". Y como todos los hombres, en sus ideas no hizo sino expresar, en forma compleja, las motivaciones simples de un alma insatisfecha y atormentada. Buscando paz para su sentir, descubrió un sistema. Gracias a su neurosis logró que los demás fuesen menos neuróticos.

V. Obra, destino y tragedia

Freud fue un grande hombre en todos los sentidos. Tuvo el talento para encontrar la verdad y el valor y la tozudez de enunciarla en voz alta y luchar por demostrarla, lo que promovió las iras de los ídolos del teatro y de la tribu, como diría Bacon. Sigmund Freud fue un perseguido. Pocos hombres como el sufrieron el desdén de sus coetáncos, las burlas de sus colegas y los ataques de la moral oficial. Se llegó al extremo de

que su nombre no se podía pronunciar en el seno de la buena sociedad vienesa sin que las damas se sintiesen en el deber de sonrojarse. Sobre él se cebó todo el odio de la medicina organicista y clásica, celosa y orgullosa de haber encontrado a las enfermedades un asidero anatomopatológico. Sobre él cayó el celo de los que se sintieron descubiertos. Sus ideas sobre la sexualidad infantil promovieron ira, odio y persecución.

Con el advenimiento de los nazis en 1938, la situación se complicó. A la persecución dictada por la ciencia y por la moral oficial, hubo de sumar la persecución política. Sus libros fueron quemados en auto de fe. Su nombre fue excluido del lenguaje. Los tratados de psiquiatría lo borraron radicalmente

Ya en las postrimerías de su vida recibió algunos homenajes, pero ya era muy tarde y la edad era avanzada. El 23 de septiembre de 1939, cerca de Londres, murió Sigmund Freud. La inscripción que figura en su tumba es de un gran laconismo: Sigmund Freud 1856-1939. Su cuerpo fue incinerado y sus cenizas depositadas en un vaso etrusco de veintidós siglos.

Pero con aquel acto no se ponía fin a una idea, sino que la idea salió del vaso y se proyectó por todos los confines. Una pavorosa guerra mundial puso de manifiesto los aciertos de Freud sobre la naturaleza del hombre. Al estallido de las estructuras y de los sistemas crecieron sus ideas y abarcaron el orbe hasta promover una verdadera revolución, la Revolución freudiana, que todavía no sabemos si él expresó o contribuyó a desencadenar.

El auge de los medios de difusión dispersó las ideas freudianas. Pronto la humanidad quedó enterada del verdadero sentido y frecuencia de fenómenos psíquicos sobre los que cavilaba con vergüenza y terror. Aportes y nuevas estructuras florecieron sobre las ideas primarias del genio austriaco. Cientos de

tratados, ensayos y obras literarias entraron a saco sobre temas que antes de Freud eran tabú, como las perversiones, la homosexualidad, el adulterio, los sentimientos criminales. Pronto el hombre se enteró de lo que le acontecía al común y se sintió disminuido en su culpabilidad.

Freud produjo una gran catarsis: le dijo clara y duramente al

mundo, no cómo debía ser, sino sencilla mente cómo era. Y el mundo se desbordó. De la hipocresía gazmoña pasamos a la impudicia. De la represión neurotizante caímos en práctica desconsoladora. Y al morir los mitos nos quedamos solos y boquiabiertos ante la cruda realidad que se nos ofrecía. Como consecuencia del pensamiento freudiano, la mayor parte de los valores tradicionales fueron cuestionados. La amistad, por ejemplo, estaba cargada de tortuosa eroticidad, lo mismo que el amor filial y el sentido de orden y de justicia.

A su conjuro se vino abajo la imagen patriarcal de la familia, ya en precario equilibrio, como consecuencia de los cambios políticos y económicos que sacudían al mundo. Pero Freud, al expresarlo, destruyó lo que quedaba, sin que sepamos a ciencia cierta si fue para bien o para desdicha de la humanidad. Tan sólo sabemos que un orden familiar, tres veces milenario, se ha alterado.

De la misma forma que el freudismo aparejó cambios en la familia, los trajo en el campo de la justicia, del derecho penal, del sentido de la pena y de la culpa. Gracias a su influencia los delincuentes ya no fueron simples perversos que se apartaban del mullido césped del orden establecido. Los delincuentes, no sólo eran expresiones de las fuerzas atávicas y destructivas que todos llevamos dentro, sino que eran los mismos jueces, policías y carceleros, los primeros sobre quienes recaía la sospecha de poseer acentuadas tendencias criminales. Freud nos hizo sentir culpables a todos, y sin proponérselo alteró la relación sociedad-delincuente. Hoy por hoy, la sociedad, antes que castigar a los delincuentes, los compadece, como si en esta fase de clemencia quisiera borrar los excesos de los siglos anteriores

Freud explicó a Dios y mató creencias, lo que no fue indiferente a una sociedad, que para bien o para mal tenía a Dios como centro de su existencia. Freud produjo una inversión de valores, quizás la de más reciedumbre que conozca la humanidad en estos dos últimos siglos. El duro materialismo, el develamiento brutal de ciertas creencias y la destrucción implacable de otras, tuvo necesariamente un corolario: la vida como fuente de placer, la necesidad de escanciar hasta el final las

últimas gotas del licor dionisiaco, pues ya nada había que temer, ni que esperar, ya que sólo Eros y Tánatos, el ángel negro de la muerte, eran

lo único verdadero.

Freud nos dio un mundo desolado donde daba miedo seguir viviendo, olvidándose de un milenario adagio médico que dice: "no todas las enfermedades deben curarse", pues como develaría la medicina psicosomática, nacida de su genio, hay síntomas y padecimientos que ocultan males mayores. La humanidad, ciertamente, después de Freud, es mucho más libre, pero lo que es menos probable que sea cierto, es que por obra de este conocimiento sea más dichosa. Freud produjo una gran catarsis, pero dejó al hombre solo frente a fuerzas demoníacas, ante las cuales se siente impotente, pues dentro del pensamiento freudiano el hombre es una geométrica consecuencia de sus instintos, lo que no es cierto, ni filosófica ni experimentalmente, pues por encima del condicionamiento biológico y psicológico, es hombre libre, encendiendo con su fantasía sus apetitos o renunciando a ellos cada vez que le venga en gana. No somos consecuencias ciegas de estímulos ambientales o abismales. Por encima de estas presiones y coacciones somos fundamentalmente libres. Y si esa libertad, en un momento determinado, puede restringirse, jamás desaparece. Al hombre hay que recordarle constantemente esa responsabilidad que Freud, por limitaciones propias del acervo cultural de su época, no tuvo en cuenta con las trágicas consecuencias que había de tener ese fatalismo sobre las personas de espíritu simple y de formación precaria, pues como dijo Pascal: "Es peligroso enseñarle demasiado al hombre cuanto se asemeja a los animales sin hacerle ver al mismo tiempo su grandeza".

Lo biológico, lo instintivo, existe tal como lo reveló Freud. Ese conocimiento ha sido fundamental para la humanidad y debemos inclinarnos ante el genio de Sigmund Freud, pero de la misma forma que Cristóbal Colón descubrió un mundo cuando creía haber llegado a Cipango, el creador del psicoanálisis descubrió otro mundo, aunque incurriese en errores y exageraciones que muchos de sus seguidores han pretendido enmendar. Dice uno de ellos: "Si tomamos a los hombres tal como son ellos, los haremos peores de lo que son. En cambio, si los tratamos como si fuesen lo que debieran ser, los llevaremos allí, a donde tienen que ser llevados". Con esta cita de Víctor Frankl resumo mi opinión sobre la obra de Sigmund Freud y doy por terminada mi exposición.

LA HUELLA DE FAUSTO EN VENEZUELA

(*) Conferencia pronunciada en jornadas organizadas por Civitas con motivo del sesquicentenario de la muerte de Goethe (febrero de 1981) publicado en extracto por la página literaria de "EL Nacional en su extensión total por la Revista Bohemia en esa misma fecha.

Hasta el año de 1775 eran escasos los testimonios que nos permitían aseverar que Fausto o el Doctor Fausto hubiese sido un hombre de carne y hueso. A pesar de su notoriedad, por más de dos siglos y medio; de haberse referido sus hazañas en múltiples obras, más se le tenía por personaje de ficción que por protagonista real de sucesos memorables. Apenas restaban los recuerdos que, en algún momento de su libro, le dedica el Dr. Wiero, coetáneo de Lutero y abnegado defensor de las brujas, quien tuvo ocasión de conocerle de cerca; y las acres frases que le dirige Malechton, desde su cátedra en Wittenberg, y de los que guardan testimonio algunos apuntes escolares (1).

En 1775, sin embargo, se descubre una carta escrita en 1540 que, como escribe la Dra. Federica Ritcher, traductora del documento, en 1964, es una de las pocas pruebas que viene a confirmar la existencia real del hasta entonces legendario hechicero (2). Igual impresión reveló Walter Kaufman, al verter al inglés la obra de Goethe (3). Frank Baron, en su reciente libro "Doctor Fausto from History to Legend" (1978), afirma que hay muy pocas fuentes dignas de crédito, ocho documentos en total, para demostrar la existencia del Fausto histórico; toma esta epístola como punto de partida de una esclarecedora investigación que nos lleva definitivamente a la conclusión de que Juan Fausto nació en Knitlingen en 1480 y murió en un pueblo de Selva Negra, sesenta años más tarde (4).

La carta fue escrita en la ciudad de Coro en 1540. a trece años apenas de haber sido fundada la villa por Juan de Ampíes. Es la relación prolija, doliente y esperanzada de un joven alemán de veintinueve años a su amado y poderoso hermano Mauricio, obispo de Würzburg. Se llama Felipe de Hutten y es miembro de una de las más antiguas familias de la nobleza alemana. Ya en el siglo X, uno de sus antepasados conducía los ejércitos del rey Enrique contra los hunos. Nació en el año de 1511, hijo segundo de Bernardo de Hutten, el más alto representante del emperador en la ciudad de Könighofen. Desde su infancia pasó a vivir al Palacio Imperial, siendo compañero de juegos del príncipe Fernando, hermano de Carlos V, quien a su vez le dispensó cálida y pródiga amistad (5). Contrasta sin dudas, el origen y el devenir de Hutten con su estada en la más pobre y desolada provincia del imperio. ¿Qué hace este hombre crecido en las gradas del trono, amigo personal del César y de Fernando,

futuro emperador de Alemania, en aquella mísera ranchería de trescientos habitantes? ¿Por qué se aleja de la fuente del poder, para venirse a estas tierras desérticas y amenazadoras? La respuesta la tiene, Joaquín Camerarius, poderoso astrólogo, mentor de reyes y rival empecinado del Doctor Fausto, cuando le pronosticó a Hutten poder y fortuna al leer su destino en las estrellas (6). El mismo Camerarius determina por sus discrepancias con Fausto el documento que Felipe de Hutten lega a la posteridad y que prueba la existencia

concreta de un personaje, hasta entonces legendario. En el momento en que el bisoño explorador está a punto de embarcarse hacia Venezuela, aparece Fausto en la sede episcopal. Llevado de la mano de Daniel Stevar, un fraternal amigo de Hutten, Fausto, luego de trazarle su horóscopo se muestra espantado de lo que la voz de los hombres, seguramente, le hizo ver en los astros, ya que eran escandalosos aunque exiguos, los mineros alemanes que retornaron vivos de la primera expedición que en 1529 llegó a Venezuela (7). No obstante prefiere el zodiaco para apoyar sus creencias. "No debe marcharse —dice— cuando la luna esté en Piscis en oposición a Marte, auguro grandes desventuras y un trágico final" (8). Camerarius, mago de aposentos, que conoce bien la codicia de los Habsburgo y de sus banqueros, augurándoles lo que desean monta en su sapientísima fama, arremetiendo entre dicterios y mofas contra aquel profeta menor, por más que lo nimbe un in menso fervor popular. Camerarius logra persuadir a Felipe y a su purpurado hermano. A fines de 1534 la expedición parte en busca de El Dorado a la Casa del Sol, la áurea quimera medioeval, único y verdadero objetivo de aquellas exploraciones. Fausto no se da por vencido. Permanece en Würzburg y continúa insistiendo ante Daniel Stevar, que confía en él, de los terribles peligros que acechan a Hutten. Camerarius se entera, y afortunadamente para la historia, le escribe al buen camarada cartas inéditas hasta hace ochenta años, que, al ser descubiertas por Ellinger, abren el camino a esclarecedoras investigaciones: “No os preocupéis por lo que dice Fausto; no son más que supersticiones infructuosas que os mantienen en suspenso con no sé qué tipo de trucos” (9). En 1537, el petulante Camerarius publica un libro de astrología titulado “Comentarios”, donde para complemento se refiere a los buenos auspicios que rodean a la expedición y el feliz desarrollo que ella habrá de tener para mayor

riqueza de los Welser y gloria del emperador (10). Al año de haber salido a la luz pública el pomposo tratado, se recibe la primera carta de Hutten. Va dirigida a su padre y está fechada en Coro en el año de 1538. Es un relato que trasuda sufrimientos, terribles personalidades e insólitas sorpresas. De los 490 hombres que salieron de Coro tras la Casa del Sol, sólo 150 quedan con vida, luego de peregrinar sin fortuna por casi tres años. Los expedicionarios en su marcha extrema hacia el sur han visto huir del firmamento a la Estrella Polar, firme amparo de los navegantes. El hambre, las enfermedades y la selva son más terribles que las belicosas tribus que los hostigan continuamente. Felipe de Hutten oye hablar por primera vez de las amazonas, mujeres guerreras que viven sin hombres y gozan del don diabólico de la inmortalidad. Son inenarrables las cosas que por hambre tenían que comer: "gusanos, hierbas, raíces... aun devorando alguna carne humana contra la naturaleza". "Un cristiano fue encontrado cuando cocinaba con hierbas un cuarto de muchacho indio...". El botín, luego de tantos sufrimientos, se redujo a 1490 pesos (11). ¿Era esto el feliz auspicio que el gran Camerarius determinó para la expedición?, hubo de preguntarse Bernardo Hutten al recibir la carta de su hijo, donde no hay todavía ninguna mención a Fausto. El 16 de enero de 1540, ya muerto el padre y a punto de hacer otra salida hacia El Dorado, Felipe de Hutten escribe su célebre relato, luego de un año en Coro, donde hubo de soportar el odio y las disensiones de los conquistadores, entre sí, y en particular contra los alemanes. Esta vez sí es categórico. "Tengo que confesar —escribe a su hermano el Obispo— que el filósofo Fausto dio en la cabeza del clavo, pues nos encontramos en un año muy malo.." (12). El acierto de Fausto se difunde; autoridades y notables suman su admiración a la confianza que siempre le tuvo el pueblo y los pícaros desertores de la Universidad. Su fama crece. La carta de Hutten lo consagra. De ella hablan desde los prelados hasta el Emperador. Las alegres estudiantinas cuentan sus proezas en Wittenberg y en Tübingen. Fausto, sin embargo, muere ese mismo año, en una posada cerca de Staufen, al borde de la Selva Negra (13). El Conde Zimmerman, señor de la comarca, asienta para la historia, en la crónica de su casa, que "había sido tan maravilloso nigromante que no podía encontrarse otro igual en todas las tierras alemanas de aquellos tiempos" (14).

Restaban aún seis largos años para que la profecía de Fausto se cumpliera

en su totalidad. En 1546, Felipe de Hutten, en una noche de luna llena —como refieren los indios Magdalena y Perico (15) — encontrará la muerte por obra de un felón llamado Juan de Carvajal, quien, rodeado de papelotes y de una mujer llamada Catalina de Miranda le disputa al germano su derecho a gobernar la Provincia. Víctima de una celada al pie de la Sierra de Coro, cae en poder de su enemigo. Carvajal ordena su muerte, como ya lo ha hecho con varios y lo continuará haciendo en su ceiba patíbulo de El Tocuyo. Sólo que a Felipe de Hutten no se le ahorca como a cualquier villano; a los hombres de su linaje, se les decapita con arma de metal noble. Juan de Carvajal, antiguo escribano de los Welser, con sorna resentida de cagatintas, acata el singular mandato ordenándole a un negro esclavo que degüelle al muy noble señor, hermano de obispos y amigo de emperadores, con un plebeyo machete que, para mayor suplicio, está embotado. Luego de tres golpes cae la cabeza de Hutten (16). Entierran su cuerpo. Su cabeza rueda por los suelos maltratada por los perros y los caballos (17). Por extraña paradoja Camerarius, el que negó a Fausto su derecho a deletrear en el firmamento, escribe el cenotafio de la suntuosa tumba vacía que se alza en Arwstein en honor del desventurado buscador de El Dorado (18)

El trágico desenlace ruidosamente anunciado exalta la fama de Fausto, el Brujo, que se jactaba de haber hecho un pacto con Satanás, y de tener a su servicio un demonio llamado Mefistófeles (19). Quizás por su naturaleza pícara, ebria y festiva, de espalda a la gravedad de sus colegas, que como Tritemius, Agripa y Camerarius, sobrenadan a la sombra de los príncipes, Fausto, en vida y después de muerto, bulle en medio del fervor popular, no obstante su terrible pecado de haberle entregado al demonio su alma inmortal, siempre y cuando saciase su lujuria de sabiduría. Fausto jamás se arrepintió del demoníaco compromiso y fue el único de los de su especie que permaneció leal al diablo hasta su muerte (20). Signado por un don narrativo extraordinario, aunque no deja una sola línea escrita, embelesa a muy variadas audiencias con sus relatos donde es protagonista de múltiples aventuras que la gente escucha y acepta con emoción, repite y deforma hasta desembocar en leyenda. La historia real de Fausto sufre la transmutación inflada de sus proezas. Se les adjudican actos maravillosos correspondientes a otros magos. Por mucho tiempo se creyó que Fausto, nacido según algunos en 1480 y en

1491 según otros, es el mismo Fast o Fausto, el socio de Gutenberg en la invención de la imprenta y que fuese ex pulsado, celosamente, por los monjes copistas de la corte de Luis XI de Francia cuando aquél le pre sentó su maravilloso invento (21). De acuerdo a esta imbricación de dos individualistas del mismo nombre, Fausto, que para Barón tenía sesenta años en el momento de su muerte y según otros un aceptable aspecto otoñal (22), sería para aquel entonces un anciano mayor de un siglo, lo que daría pie a la conseja del demoníaco trueque que hiciese a cambio de una prolongada juventud. Fausto de acuerdo a una conseja que se achacó originalmente a Simón el Mago, voló sobre Venecia con grandes alas aunque saliese mal parado en el aterrizaje (23). De él clamaba con jocosa indignación el gran Malechton que se había tragado una vez a un campesino que lo había incomodado, para echarlo más allá "un poco humedecido" (24). El Mefistófeles de Fausto, al que Goethe da semblanza de elegante pisaverde es invisible " ya que es tan horrible su aspecto -decía el astrólogo— que sería contraproducente invocar le en imagen" (25).

La leyenda, sin embargo, le da forma a su demonio y transfiere el perro negro de Agripa, nigromante tan famoso en el Viejo Mundo, que apuntala definitivamente su prestigio por la precisión de una tremenda y sonada profecía que hiciera para nuestro país: ¿Cuál es la huella de ese hombre excepcional y de este tremendo drama en nuestro medio, en nuestra historia, folklore y consejas? Si su fama y prestigio continuó in crescendo después de su muerte; si en 1585 el editor Spiees, al sacar un libro con "Las aventuras de Fausto ", imprime una tras otra catorce ediciones (26), con firma con su éxito editorial la inmensa popularidad del nigromante, es perentorio volverse a preguntar ¿Qué sucedió en Venezuela, donde necesariamente se tuvo noticias de la profecía y todos fueron testigos de su fiel cumplimiento? Es imposible suponer que Felipe de Hutten, luego de escribir impresionado sobre los aciertos de Fausto, hubiese ocultado esta información a sus compañeros, y en particular a los alemanes. Muchos de sus compatriotas permanecieron en Venezuela, castellanizaron o no el apellido, y fueron junto con aquel puñado de peninsulares surco y simiente de historia y leyendas. Si la leyenda de Fausto en Alemania, y fuera de ella, como lo prueba el gran poeta inglés Marlowe

al dedicarle una de sus más hermosas composiciones poéticas, se agiganta y expande: ¿Qué sucedió con aquel reducido contingente de hombres de donde arranca la nacionalidad? Todos fueron testigos del drama. Ahí están los nombres de Melchor Gruber, de Juan el Alemán, que hizo del gentilicio su apellido, del Ritz que se hizo Ruiz, de Juan de Villegas o Diego de Losada, Francisco Infante, fundadores de ciudades, antepasados infinitos y forjadores de la historia. Han tenido que hablar necesariamente de ello, si el propio emperador lo hacía y era tiempo de creencias. Cuando Carlos V era niño y vivía con su abuelo Maximiliano I, el gran mago Tritemius invocó ante toda la Corte los espectros de la antigüedad clásica y de María de Borgoña, esposa del emperador (27). Nostradamus, contemporáneo de Fausto, era muy tomado en cuenta en la corte de Catalina de Médicis. Rodolfo II, sobrino de Carlos V, vivía rodeado de estrellas (28). En aquellos tiempos la creencia verdadera estaba en manos de los ocultistas y era lícito y no superstición creer en ellos. Si la edición de Spiees es traducida al poco tiempo al sueco y al danés y en los siglos que faltan para que Goethe le conceda el don de la inmortalidad se escriben varios libros sobre su vida y cientos de romances que recorren a Europa, ¿qué sucede en Venezuela?

A pesar de todos estos hechos que justificarían muy claramente una honda huella de la tragedia de Hutten y de la profecía de Fausto en nuestra historia, creencias y supersticiones, nada, salvo débiles indicios, hemos hallado. Pedro Manuel Arcaya, por ejemplo, en su importante libro "Historia del Estado Falcón", aunque utiliza ampliamente para su relato las cartas de Hutten, omite totalmente la referencia que éste hace de Fausto (29). El Padre Aguado y Juan de Castellanos, cronistas del siglo XVI, y en estrecha relación con los protagonistas de la aventura alemana, no hacen la menor alusión a la siniestra profecía, salvo cuando el último designa a Hutten como "joven de siniestro hado" (30). Oviedo y Baños, tan amigo de consejas y supersticiones, apenas dice en su "Historia de Venezuela" que en la expedición de Hutten desertaron en la misma España doscientos hombres, temerosos de los malos presagios provocados por dos tempestades (31). Juan Friede, en su voluminoso y excelente libro "Los Welzer en la Conquista de Venezuela" hace uso, al igual que Arcaya, de las célebres cartas, silenciando inexplicablemente la señalada información (32). No queremos, por los momentos, adelantar

hipótesis sobre la actitud que asume la nueva y antigua historiografía. Veamos qué rastros de lo sucedido encontramos en nuestro folklore, tradiciones y consejas. De responder en propiedad, diríamos que nada. De excedernos en nuestra suspicacia, quizás encontramos algunos indicios que si son débiles tomados aisladamente, vistos en conjunto, a lo mejor, apunten hacia una explicación.

Uno de ellos es la imagen del demonio en Venezuela y la distinta evolución que éste sigue en Europa. Satanás, para la mentalidad popular, es el espanto so gargólido que en el Viejo Mundo se asoma en los altozanos de las catedrales góticas: aspecto monstruoso, garras por manos, pie hendido o pata de cabra, cuernos y rabo de uña dentada, oloroso a azufre, envuelto por el terror. Es la imagen del demonio medioeval, el mismo en el que creían Fausto y sus coetáneos. A partir del Renacimiento el demonio se embellece. Ya no es el espectro de horripilante aspecto sino el ángel cálido y hasta seductor, como puede verse muy claramente en nuestra imaginería colonial.

En otras ocasiones se describe al demonio como un gran perro negro que echa fuego por la boca, como el sabueso flamígero que escoltaba a Agripa, y al que la leyenda —como dijésemos— atribuye también a Fausto. Goethe, precisamente, señala, quizás deliberadamente, el tránsito del demonio antiguo al que esté vigente durante el racionalismo. Mefistófeles hace su primera aparición en forma de perro negro que "deja por donde pasa una línea de fuego". El perro de agua se le transforma en un infernal hipopótamo, "sus ojos lanzan llamas y tiene una boca terriblemente dentada". "Eres acaso un desertor del infierno?" (33) le pregunta aterrorizado el maestro. Desaparece el monstruo y aparece en su lugar un estudiante de justillo rojo y pluma de gallo en el sombrero que también confunde a una bruja: "Perdonadme, señor - balbucea la hechicera-el indigno recibimiento. Sin embargo, no os veo el pie bendido... ¿Dónde están vuestros cuernos? (34) "La civilización que regenera al mundo entero —le responde Mefistófeles— se extiende hasta el mismo diablo. Ya no se trata hoy día del fantasma del Norte, ni se ven en parte algunos cuernos, colas, ni garras" (35).

¿Por qué el demonio en la mentalidad popular de Venezuela se fija o estanca a una iconografía propia de la edad media, y no continúa

la evolución que se observa en los estratos más cultos y en Europa en general? ¿Es válido suponer que por obra de una impactación emocional muy singular, que dio mucho hablar en la patria naciente, se conservase dentro del pueblo la imagen del demonio faustiano, aunque se olvidase el resto? En la evolución de las leyendas, suele darse este fenómeno.

Otro hecho de posible significación es la presencia en Venezuela de los duendes, esos espíritus traviesos y diminutos que enriquecen nuestras creencias y supersticiones. Salvo la parte Norte de España, el duende es extraño al resto de la Península y en particular en las regiones de donde procede nuestro ancestro hispánico. Los trasgos o elfos son propios del folklore alemán y del escandinavo, y tienen preferencia por las minas y galerías subterráneas. Con los Welseres, además de cientos de soldados y funcionarios alemanes, llegaron sesenta mineros de Silesia (36). ¿Son reliquias, estos duendes, de una transculturación impactante? Hay otro hecho que persiste en nuestras tradiciones, el tambaleante descabezado que aparece en las noches de luna llena. De tomar en cuenta que la decapitación nunca se practicó en Venezuela, siendo la horca el vehículo para aplicar la última pena, no deja de sorprender nos esta fantasmagoría que nos recuerda a Felipe de Hutten. ¿Un solo indicio —como dijésemos hace poco— nada significa, pero cuando hacen constelación trasgos, elfos, descabezados y perros flamígeros y todos esos elementos son parte del mito fáustico, no podemos menos de preguntarnos, sin propósitos afirmativos, si todos esos hechos no serán huella, aislados fragmentos de la historia real del alemán y del doctor Fausto? Olvidemos sin embargo, estas especulaciones sin consistencia y vayamos a un hecho concreto: si es tan poco lo que resta de aquel drama, por no decir nada, cabe preguntarse: ¿Por qué no hay huellas en Venezuela de una historia tan asombrosa, que además de haberle servido de escenario conmocionó a Europa por varios siglos?

Hablemos en primer lugar, y continuamos abusando de las hipótesis, de una posible represión religiosa. Es creciente nuestra sospecha de que la Inquisición en Venezuela, lejos de ser tolerante o indiferente como lo afirma la historia oficial y tradicional, y como seguramente lo fue en años posteriores, ejerció una terrible coacción a mediados del XVII contra supersticiones y creencias y, en particular, las traídas por los negros africanos. Prueba de ello es que el Vudú que florece en Brasil y en todas

Las Antillas, aun en la Cuba marxista, no existe en Venezuela a pesar de que nuestra población negra tiene la misma procedencia. ¿Qué sucedió? ¿En virtud de qué factores desaparecieron, salvo leves indicios, prácticas religiosas que en los países cercanos florecen impetuosos? El olvido es el mecanismo preferido contra el mal recuerdo (37). Documentos aparecidos recientemente en Mérida dan vuelos a esta hipótesis (38). ¿Si en Venezuela la Inquisición arrancó contra las herejías negras, no haría otro tanto contra el mito de Fausto, oloroso a terribles herejías germánicas y falsamente luteranas?

Antes de considerar estas interrogantes debemos tomar en cuenta ciertos hechos que pudieran explicar parcial o totalmente el porqué persiste entre nosotros, sea en forma de conseja o de leyenda, el drama de Hutten. Los españoles de América, al igual que los de la Península, detestaban hasta el paroxismo a los alemanes que acompañaron a Carlos V. En Venezuela, provincia hipotecada a los alemanes desde 1528 hasta 1546, el odio era intenso (39). Para que una leyenda persista y se expanda, exige como primera condición lo admirativo, lo excepcional (40). Hay testimonios que prueban la poca simpatía que Felipe de Hutten le inspiraba a los soldados españoles, a pesar de las virtudes que señala el Padre Aguado (41) y canta Juan de Castellanos (42). Él era el odiado extranjero. Carvajal, un hombre como ellos. Puede ser que para la sensibilidad centro-europea el asesinato de un gentil hombre germano por los oliváceos y engavillados hombres del Sur, desate la compasiva identificación de la que se nutren los héroes y las leyendas; pero no puede suceder lo mismo con quienes lo malquisieron y, en especial, con los que incitaron a Carvajal a darle muerte; aparte que la violencia era una constante en la convulsionada Venezuela del siglo XVI. Quince años más tarde, Lope de Aguirre, el Tirano, superará con creces la truculencia que envuelve la historia de Hutten. No hay por consiguiente nada excepcional en aquellos sucesos desde la óptica americana. Es razonable en consecuencia que haya caído en el olvido, con la represión, o sin ella, del Santo Oficio, que nos hemos planteado.

Queda, sin embargo, un importante aspecto. Si la vida y muerte de Felipe de Hutten por sí sola no es suficiente para impactar emocionalmente a sus coetáneos de Venezuela, no podemos decir lo mismo de la profecía del celebérrimo hechicero. En ella sí están dadas todas las condiciones

por lo inusitado y misterioso del hecho, las bases para una leyenda o una historia hiperbólica, tal como sucedió en Alemania. Es cosa sabida por los especialistas, que las leyendas transportadas de un país a otro tienen una existencia muy precaria de no ajustarse a la idiosincrasia nativa (43). Los hispanos, a diferencia de los alemanes e ingleses, no son proclives a las especulaciones sobrenaturales que se aparten de la ortodoxia canónica; en las leyendas españolas no pesa el fatalismo de los países nórdicos, ni poseen los desbordamientos liricos de los franceses: ellas están lastradas por lo contrario, de un realismo crítico y por una sequedad agobiante. Con excepción de Carlos V. y su cortejo germánico, ni el pueblo, ni los reyes de España eran amigos de brujas y astrólogos. A diferencia de Alemania e Inglaterra, donde la quema de brujas revistió caracteres alarmantes, en España fue prácticamente inexistente (44); y en cuanto a astrólogos y hechiceros, que hubiesen hecho pactos con Satanás, más burla y escéptico rechazo merecían que atención o castigo. Recuérdese como en algún lugar del Quijote el autor se mofa del célebre Dr. Torrealba, contemporáneo y homólogo en la corte de Carlos V (45). Acusado ante la Inquisición de haber volado a Roma en brujeril escoba y de tener un demonio familiar llamado Zequiel, mereció apenas unos cuantos azotes, más por embustero que por hereje (46).

El mito o la Leyenda de Fausto que tanta admiración y embeleso provoca en otros países, es posible que haya dejado indiferente a los españoles, por esa disparidad nativa tan evidente. La primera traducción al español del Fausto de Goethe es en 1841 (47). Salvo una frase, no hay huella de Goethe en la vasta y universal obra de Andrés Bello como no la hay en Bolívar, ni en Miranda, ni en

Simón Rodríguez, lo cual no deja de ser significativo en hombres de su erudición, que vivieron en Europa cuando el autor alemán ya traducido al inglés conmocionaba a Europa (48).

Para terminar, sólo podemos decir que la única huella dejada en Venezuela por al mago de Knitlingen es la carta que, por su influencia, Felipe de Hutten escribió desde Coro ratificando y rescatando su existencia para la historia.